

Juan José Saer

El arte de narrar
Poemas (1960-1987)



Lectulandia

«No importa cómo se llame la ciudad en la que esté, se está siempre en la tierra natal». Y esa tierra es para Juan José Saer, el lenguaje. Si como narrador conmueve y como ensayista deslumbra, el poeta alcanza una intensidad que condensa toda su obra. El título del libro nombra la zona de la narración y en ese gesto instala la utopía de la palabra: dice y niega, ofrece y esconde, silencia y canta, porque «los campos de la oscuridad son el lugar / donde mejor se ve». Entonces, ¿qué es la poesía?, ¿cómo titular la frágil frontera entre los géneros?, ¿cuál es la raíz de esa voz que emerge y se transfigura en lenguaje?, ¿qué espesor tiene *le mot juste*?, ¿cómo descifrar esos «signos incomprensibles / en los que otros dicen oír / el canto de las estrellas»? La obra poética de un narrador inscribe la clave del enigma: arde de un mismo oficio, borra las diferencias genéricas, construye libros, «almacena recuerdos falsos / para memorias verdaderas».

Lectulandia

Juan José Saer

El arte de narrar

Poemas (1960-1987)

ePub r1.0

Prometeus 05.01.15

Juan José Saer, 2000

Editor digital: Prometeus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL ARTE DE NARRAR
(1960-1975)

a Juan L. Ortiz y a Aldo Oliva

DE *L'ART ROMANTIQUE*

¡Pobre Petrus Borel! Con la señora Putifar y todo,
se hundió en el cielo estrellado. El Licántropo
comió desde dentro el pan de la poesía hasta las migas
porque vino a llenar, en la opinión de Carlos,
el lugar de los lobos. Ahora su nombre
no es más que un tambor metálico que resuena temblando
un segundo después de redoblar. Y está también
la escritura costosa, el palimpsesto
del proyecto y la redacción
trabados en lucha libre, el caos de la tipografía
como un hormiguero que se abre
en estampida sobre la nieve. El lobo vigilaba,
por encima de su hombro, en todo momento,
hechizando el lenguaje, paralizando la reflexión
con su ojo amarillo.

Aprendamos,
en esta hora, de Petrus Borel,
el amor por la palabra, la lealtad suicida a los lobos,
de Petrus Borel,
que vio en el cielo de Argel,
con horror, hacia el final de su vida,
las befas del lobo a la musa, aprendámoslo;
de Petrus Borel,
aunque se haya, por fin, oscuro, hundido en el cielo,
y ninguna estrella lleve su nombre.

EL ARTE DE NARRAR

Ahora escucho una voz que no es más que recuerdo. En la
hoja
blanca, el ojo roza la red negra que brilla, por momentos,
como cabellos inmóviles contra la luz que resplandece,
tensa,
al anochecer. Escucho el eco de una palabra que resonó
antes que la palpitación del oído golpeará, y se estremece
la caja roja del corazón simple como un cuchillo. ¿No hay
otra cosa que días atravesados de violencia sutil, detención
abierta hacia momentos más blancos que el fuego? Está el
rumor
del recuerdo de todos que crece —el resonar de pasos
sobre caminos duros como planetas que se entrecruzan en
regiones reales—
con el mismo rumor inaudible de los cuerpos que se abren
y de la lluvia verde que se abre imposible hacia un árbol
glorioso. Nado
en un río incierto que dicen que me lleva del recuerdo a la
VOZ.

RECUERDOS DEL DOCTOR WATSON

a José C. Chiaramonte

Vimos con Holmes la lluvia desde el carruaje
en la hermosa avenida Brixton, yendo hacia Andley's
Court.

*Esta tarde en el Concert Hall oiremos cantar a Norman
Neruda*

Ráfagas mudas de agua lenta golpeaban contra los vidrios,
férrea
realidad nos rodeaba y nos movíamos en ella, nítidos.

Puedo,
si quiero, evocar el preciso rumor de las ruedas sobre las
piedras mojadas
y el resoplar de los caballos atravesando la ciudad familiar.
Ladrillos rojos chorreando agua, hombres borrosos en la
lluvia:

la luz de gas manchaba la oscuridad matinal. Siento otra
vez, con noble
fruición, el peso cálido y el vaho de nuestros abrigos,
la mirada de un muerto en honda persecución
golpeando contra el revés de mi mente. Hombres del
porvenir, plagados
de irrealidad, para ustedes no habrá nunca este collar
de sólidos minutos, este edificio de horas de piedra. La
niebla
carcomerá las paredes de Londres y el corazón de nuestra
descendencia
yacerá débil o muerto, ciego de humo amarillo. Honda
es nuestra pobre vida en comparación, y benditos
nuestro violín, nuestra fiebre de Afganistán, nuestra
deliberada morfina.

A BÖHLENDORFF

Que uno solo de nuestros amigos avance
y en el acto, nomás, y armoniosamente, todos estamos
con él, otra vez, en la primera línea de fuego,
cantando contra toda aspereza. Böhlendorff:
tu *Fernando* te muestra de cuerpo entero
como alguien que se encuentra
en la ocasión de estar dándolo todo de sí,
en el centro, como en su hogar, de un rayo lento.

Lo nacional
equidista sabiamente
de la sangre y de las banderas
y se da, para la lengua, en el rigor. La infancia
es el solo país, como una lluvia primera
de la que nunca, enteramente, nos secamos. Y aunque
yo viaje, ahora, al mediodía, toda
esta niebla, común, perdurará.

*(... y, probablemente,
el horror de años que me espera
trabajándome, desde dentro, con su semioscuridad,
sea, en comparación
de esos fantasmas que dicen serme
contemporáneos,
la salud más grande).*

DYLAN THOMAS IN AMÉRICA

En los aviones y en los trenes, uno
se siente sólido y eterno. Pero una muerte
dócil me esperaba en el silencio frío
del hospital. La trabajé sin miedo
y por cada minuto que viví
puse una piedra sobre mi cuerpo ciego y estragado
hasta que la borrosa realidad y mi espeso
silencio se hicieron una sola cicatriz
lisa como una lámina.

After the first death, there is no other.

Pero la tenue esmeralda
de los helechos, como una niebla dura,
murió diez veces desde entonces, en cada tenso
invierno, en los jardines de Gales,
y por diez veces, fénix frágil,
renació.

LA VENUS DE LAS PIELES

Larga, larga *l'arriere saison*. ¿Y a quién golpea,
Wanda, con su látigo, y dónde da, sino sobre
cicatrices? Guerra de amor, guerra del tiempo,
y hacia el fin, la soledad, o nombre
de una tierra amarilla, dando, para el verano,
laureles rosa polvorientos.

Cerré el libro.
Va a repetir, seguramente, el jacarandá,
su estribillo lila, cada mes de octubre.
Y no habrá más nadie. Comamos, mientras tanto,
la carne del otro como un pan
hasta dejar los huesos estériles, y el hambre intacta.
Noche eucarística,
hasta tus migas murmuran, pasajeras, amor,
y te adoramos como a un dios.

Amor mío,
amor mío, ¿qué te he hecho, qué te he hecho
y por qué, amor mío, me has devorado?

Que el viento verde
no mueva,
no mueva las hojas negras
por esta noche.

Garras, gentiles, nos dan su aliento
hasta morir. Y es larga,
laarga,
laaarga, *l'arriere saison*.

DON GIOVANNI

En la prisión de la piel, el placer
de Sísifo es su trabajo forzado
y el *post coitum triste* la libertad
provisoria.

ANN

¡Nadie quiere decirme nada, a mi vuelta
de Eton, después de haberla esperado infructuosamente,
cada noche, en la esquina de Tichfield Street!
La ciudad minuciosa se la ha guardado.
Me cierran las puertas en la cara o, lo que es peor,
piensan que, cliente satisfecho, busco, en la noche de
Londres,
su cuerpo frágil para repetir, contra él, afiebrado,
una fantasía que ya es recuerdo.
Y no hay cielo.
Si ese resfrío, por lo menos, cuando nos despedimos,
se la hubiera, después...
No;
no hay ningún cielo.
Hay un viejo que recuerda, a pesar del opio, o quizás
a causa de él, sin chochar,
después de años de miseria y de desprecio,
un viejo
que es un solo recuerdo o sea una sola llaga viva,
suspendido entre las dos dimensiones del tiempo
y de la historia. Beatrice de años anónimos, ¿comió
el sueño tu pulmón o aquellos golpes de que la tumba,
gentil, te salvaría, en una lenta madurez,
ruidosos,
te alcanzaron?

ALDO

La boca cumple un enorme papel: toma
el vino tinto, de a poco, a lo largo de la noche,
y devuelve, incansablemente, iluminándose, el verbo.
Y cuando está en silencio, los labios se mueven todavía,
se estiran, se entreabren porque los dientes, sin motivo,
sin ninguna pasión, por pura costumbre, se aprietan.
Es, se ve bien, un reflejo que viene desde el fondo, o mejor
dicho desde el principio. La calvicie
no alcanza más que la coronilla, la frente,
y en la nuca, y a los costados, el pelo grisáceo termina
humildemente, escarolado, insumiso.
En el conjunto, la cabeza vendría a ser
de un gris ceniza evanescente, la cara
rojiza, a causa quizás del vino, y los hombros,
cubiertos por el saco azul marino, resaltan,
como contra un infinito, contra el afiche amarillo pegado a
la pared.
Está todo aureolado, si se quiere, de grafismos negros.
La mesa del bar, al lado de la vidriera, es, entre todos,
el mejor lugar; sobre la mesa
el vaso de vino, medio lleno, que la mano,
negligentemente, toca: de esas manos, se ha sabido decir
que, como las de Borges, son blandas, evasivas. Las ha
ocultado
parece, a medias, desde siempre: ¿un complejo? Y a veces
sin embargo, pueden moverse, elegantes, en el aire,
diciendo un alegato mudo en favor, por ejemplo de
Baudelaire,
y en ellas, entonces, todo lo que le queda de pasión se
concentra.
Pero no es, propiamente, una pasión:
son como unas señales, rápidas, que le llegan, de vez en
cuando, desde
lejos, desde el fondo, probablemente, o desde el principio,
y alrededor de cuyo centelleo, todos sus días,
que él se dice vivir, inútilmente, en dispersión,
como un milagro austero, para el oyente, se reúnen.

LA RULETA

Turgueniev vendría a representar *le mot juste*,
a la rusa, formando, en una esquina del siglo,
con los dos otros, serena, la trinidad:
Turgueniev, James, Flaubert: amigos, más que hombres
de letras, difundiendo, cada uno en su lengua,
la misma, por decir así, religión. Y pensar
que debió pedirle, después de vacilar largamente,
¿cuánto?, sí, trescientos rublos a Turgueniev. ¡No, por nada
del mundo,
por nada del mundo a Turgueniev! Por nada del mundo.
Y sin embargo, al otro día,
ya está esperándolo, como por descuido, en el parque.
Durante
años, esa deuda, nos dice Ana Gregorievna, lo quemará.
Y todo para perder los trescientos rublos en una noche.
Al otro día, en la calle otra vez. Y no persigue
nada, no hay nada del otro lado, no es verdad.
No sale, de un más allá hipotético,
del revés, por llamarlo de algún modo, del azar,
ningún signo: nada. Y cada vez
que la rueda comienza, rígida en su puesto, a girar,
el universo entero
emerge, nuevo, de entre su propia ceniza,
no propiamente el mismo, sino otro,
y, finalmente, el mismo: ninguna lección. ¡Por nada
del mundo, por nada del mundo a Turgueniev! Que no
anden diciendo todos, después, por ahí,
qué puede esperarse de él sino es más que un poeta.
De esas dos máscaras, la patria
y la profesión, el desdén de Turgueniev
y sus chismes posibles al volver
harían una llaga continua, una herida nueva
sobre ese rostro mutilado. Y ellos, ¿ellos qué saben
de volver todas las noches, sin un centavo, al hotel,
la camisa empapada de sudor pegada a la espalda,
calculando lo que queda por empeñar,
del nudo negro que se trae, desde la infancia, adentro,

y que se trata de sacar, como se pueda,
hacia la punta de la lengua? No, sobre todo
no a Turgueniev: el hombre de mundo,
como si hubiera, sin duda alguna, y nítido, un mundo,
el hombre de la palabra justa,
como si hubiese habido, desde siempre, un objeto al que
aplicarla,
el hombre que saliendo de caza con su sirviente
traía toda la patria, en cuadros sabios y armoniosos, como
presa.

Un hombre con algo para decir,
el modo y los medios para decirlo,
dorado, por añadidura, de un carácter, una voluntad,
capaz de entregar trescientos rublos
sin hacer el menor gesto, creando, sin embargo,
al mismo tiempo, una atmósfera
que hubiese podido cortarse con un cuchillo. Y ahí
está, a pesar de todo, como por descuido, esperándolo,
al otro día, en el parque. Ya está hecho,
ya quemán en el bolsillo, y ya, en una sola noche,
los perdió. De vuelta, de nuevo, sin un centavo, al hotel:
el universo entero, una y otra vez,
de la mañana a la noche, aniquilado, renaciendo,
una y otra vez, llama y ceniza y llama nuevamente,
¿de qué leña? Si hay algo que arde, cada vez,
¿qué arde, y cómo, y por qué? Del nacimiento
a la muerte, la hoguera
en el centro, y alrededor, si uno levanta la cabeza, ceniza.

En el *hacer como si*

O en el *dar de sí una nada*,

ningún conjunto armonioso, y una lengua: tartajeante.

No hablaban de ningún modo el mismo lenguaje.

Y la misma patria

dicha en otro nivel, ya es otra patria,

y el mismo oficio, en una dimensión diferente,

come perpetuamente el corazón y las manos.

Nada, por lo tanto, nada:

únicamente la rueda que gira, rígida, en su lugar,

y la crepitación de la hoguera.

Y así sea.

MOTIVOS

Gotas frías en hojas grises
y el viento con acero de mayo.
Con minucia, el otoño
perfora el corazón
del verano enterrado entre las hojas podridas.
En la reunión del fin y del comienzo
¿quién verá en ese ramo de otoños y veranos
la caída del agua, la tensa vibración
de la hoja, para decir después su resplandor
con qué palabra?
Clara madera en que la luz festeja
con destellos veloces la limpia destrucción.
El olor del café, denso como un abrazo,
en la casa quemada de amor,
roza al pato salvaje y a los duros limones
muertos en el fogón.

El que ve en las mañanas de mayo corromper
el otoño las uvas finales
tiembla y vacila.

BABILONIA

¿De qué tranquila
plenitud, extendida en el tiempo
como rayos solares, somos,
por fin, sangrantes y remotos,
—la árida Babilonia
en el desierto, hasta nosotros,
en el lugar de ahora, como una sola
Babilonia—
la antigua Babilonia?

LUCHA DE CLASES

La voz vendría a quedar, de esa manera, en suspenso. Y un
trueno,
en su lugar, se dejaría oír, en la casa de la historia,
poniendo, como quien dice, un temblor,
hasta en los rincones más escondidos o más frágiles. Que la
voz,
más bien, ininterrumpida, acompañe la explosión, la haga
más que ruido,
dotándola de una dimensión de modestia, de error o
soledad,
de modo tal que la finitud complete las estrellas codiciadas.
Y porque, también, pasado el estruendo, en el silencio que,
por obra de alguna revisión pudiese, gélido, imperar,
esa voz finita y sin fin siga sola cintilando hacia el cielo,
de modo tal que ayude, en la noche eventual,
a romper, o a desplegarse más bien,
firme, y hasta una nueva noche, el amanecer.

A UNA CABEZA DE SAFO DE LESBOS

La frente inmóvil, y los ojos que miran
con amor, ¿qué abrazos y qué noches profundas
almacenan, donde la antigua luna lesbiana
perforó, con veneno secreto,
las verdes hojas palpitantes? Da gusto contemplar
como el cabello duro ciñe el grávido cráneo
y el cuello diligente ayuda, sin temblores,
la dirección del rostro, de piedra inquebrantable,
que el orín mancha a veces.

BOTTOM'S DREAM

Algo me puso en esta noche profunda para que,
 continuamente, soñara
sombras que vienen y se van y las leyes que las rigen
y sacara, más tarde, de ese arte tenue, una canción
llamada, intencionadamente, el sueño de Bottom
porque ese sueño no tiene fin.

LO QUE CANTAN LAS SIRENAS

El país natal
es como el pozo púrpura entre muslos de oro
del que la barba vuelve humedecida. Y ese otro
vicio, el de los viajes, cabalgar
un animal de madera que se sacude
siempre en el mismo punto. Somos
la oscuridad esmeralda, fría y sin ruido,
y cantamos la derrota: no hay vendas
tan hondas que protejan los ojos
de este nuestro tumulto de luz. El coro
llameante boya y recuerda
el desierto de las ciudades, la agonía
de estar sentado y esperar, agregando horas a la noche,
la mañana imposible,
las manos que no aferran nada,
la discordia perpetua del llano y la geometría,
los pájaros que vienen como piedras a morir.
Al trayecto que ya pasó se lo come la niebla
y el pozo del deseo está seco para regar lo que falta.

*No están aquí porque llegaron
ni porque busquen ningún lugar
y hay un lugar más grande
en el que están y no saben.*

Somos la espuma que murmura, dorada, del abismo mudo.
Nuestra canción canta lo mismo en los oídos que no nos
oyen,
nuestros rayos relumbran en los ojos que no nos ven:
años enteros de furia lenta
trabajando contra el momento del amor
y esta no es todavía ni la mitad
del camino.

POESÍA DANESA CONTEMPORÁNEA

Contra natura o de su lado, mirar
es como un llanto mudo, dice Narciso,
mostrando a las visitas la orgía de color,
con un dedo rígido y rojo como un pene
y más firme que una obsesión. Noche europea,
ahora que el sol ya cayó, ¿aprendiste por fin
que los campos de oscuridad son el lugar
donde mejor se ve? Y deberías todavía aprender,
especie fugitiva, que del solo mirar
no se saca más que la polvorienta
llama de la pupila que contempla. Dice Narciso:
*Con los ojos cerrados, contra natura,
oigo voces ajenas cantar mi misma canción.*

EN LA PARED DE LOS FEDERADOS

Hacia el fin de mayo cantan tranquilas las mañanas.
En el extremo de la isla de paz vemos que dos ancianos
que ya no miran ni las tumbas ni el aire
diseminan el ruido de sus pasos a los costados del camino
en declive, cuerpos en los que todo se secó,
desiertos donde levanta,
de vez en cuando, frágil, sus espejismos la memoria.
Ya no se escuchan ni el dolor ni el sabor
de la pólvora ni de la sangre.
Estamos más muertos que vivos.
A la caída siguió un silencio de aceite
que se expande sobre el agua de las horas.
Ahora nos ponemos a fumar. Bajamos más viejos,
más callados, pasamos junto a la tumba blanca del poeta,
junto a la tumba negra del dirigente profanado,
recibimos el golpe de sonido de la ciudad en la cara
sin lágrimas
porque nada, porque nada
—ni pájaro, ni rama, ni río, ni tormenta, ni flor—
tendrá una voz para cantar
si no viene de la pared manchada de sangre
que se levanta todavía del otro lado de esas tumbas.

OCTUBRE EN TOSTADO

a Hugo Padeletti

Leopardos en la luna, y esas cosas
(un hueso, ramas, una fotografía)
que no pueden nombrarse: el tiempo las ignora.
Horas breves de días breves en la *corriente fugitiva*.
La huella es liviana
sobre el sendero: la arena cambia
y oculta sin cesar los arabescos
fortuitos, las palabras escritas con huesos
y con ramas en la piel húmeda
estragada de ayeres, entre rosas
ardiendo sobre ceniza. Leopardos
en la luna, y cosas cuyo nombre
deslumbra o mata:
el tiempo las destruye.

DIÁLOGO BAJO UN CARRO

a Rafael Oscar Ielpi

*Porque entre tanto rigor
y habiendo perdido tanto,
no perdí mi amor al canto
ni mi voz como cantor.*

(La vuelta de Martín Fierro)

Estando, por razones políticas, exilado en el litoral, un poeta argentino del siglo pasado, llamado José, recibió, una mañana, la visita de Rafael su hermano. Comieron un asado con vino negro y, como hacía calor, se echaron a dormir la siesta en el pasto, bajo un carro protegido a su vez del sol por una hilera de paraísos. Los dos tenían camisa blanca, sin cuello, entreabierta en el pecho, arremangada, y el vino, la carne gorda y la resolana los adormecían. Con los ojos cerrados, o protegidos con el antebrazo, entre grandes intervalos de silencio, antes de entrar en el sueño profundo que duraría hasta el anochecer, mantuvieron el siguiente diálogo:

JOSÉ:

¿Y han de pasar, no más, para nosotros, los años?
¿Vacilación,
sangre, vacío, habrá sido nomás nuestra suma en el árbol
de las horas? A veces, nadando en el río firme de la
fraternidad,
qué tentación, qué tentación, hermano, de echarme a
morir,
o separarme para mirar, callándome por fin, desde la orilla,
el delirio.
Estos pueblos se me antojan a veces como un pan en
llamas.

RAFAEL:

Un pan en llamas, sí, un pan en llamas
y una llave en llamas que hubiese debido, inocente, abrir
ese pan.

Los tigres comen cruda
la carne que pillan en las matanzas
y las cabezas de los mejores se hacen tasajo en la punta de
las picas.
El diablo bendeciría este siglo, si fuera capaz
de bendecir.

JOSÉ:

Y estamos echados, sin embargo,
en este silencio, a salvo de un sol continuo, implacable,
bajo este dije de paraísos, donde es más denso
el olor de los ríos que el de la pólvora: dos hermanos
que salían, en la infancia, a cazar, y volvían, a la oración,
trayendo una maraña de caseros y las rodillas sangrantes,
dos hermanos que se abrazan cuando lo admite la guerra
y juntan, si pueden, bajo una lámpara, los pedazos de un
mismo
recuerdo. La borra de esos momentos será una nación.

RAFAEL:

Que ha de quitarnos, algún día, hasta el frescor de estas
hojas.
Y que, de nuestros sueños, los más oscuros, los que vuelven
continuamente, cada noche, como quisiéramos, en la red
de la pesadilla, que volviese el sabor
de la leche de nuestra madre y que volviese la sombra de su
pecho,
de nuestros sueños nos hará,
al borde mismo de la muerte, convictos. No esperábamos,
no,
volviendo en el aire lila, a la oración,
con las manos llenas de pájaros y las rodillas que
sangraban,
encontrar, en una esquina del tiempo, o de la historia, el
pelo
enmarañado de la guerra. Y ya no somos, para nuestra
madre,
los héroes que vuelven, intactos, entre una suerte de
resplandor,
a la casa que crece, sino dos hombres hechos pedazos,

en las cenas de sociedad, y la jerga de los pedantes. Nada, salvo una voz que se cuela, a veces, desde la infancia, para decir, muchas veces *No era esto. No era esto*, y apagarse, en seguida, llorosa, en la oscuridad.

JOSÉ:

Y sin embargo, saben hablar, algunas veces, los árboles, con un susurro que viene, de golpe, de las raíces a las hojas,
y las hace temblar. ¿Nunca escuchaste, tampoco, curva, paciente, la voz del verano, que no habla en las cosas ni por ellas, sino para sí misma y en sí misma, en los grandes espacios y en el río de la siesta?
Si hubieses visto, como yo, al aclarar, venir, desde la nada, los pájaros, y edificarse, desde la nada, la luz, recomenzando, trabajosamente, día tras día, no como consecuencia, sino condescendiendo a las leyes que observamos,
y recordaras, estremeciéndote, como yo, desde una cama solitaria, la espuma del amor, bajando, como una vestimenta nupcial, al encuentro de su llanto, no quedaría, de esa pesadilla, ni la escoria, aunque más no fuese por un momento. Porque hay más de una realidad. Hay más de una realidad o un nudo, centelleante, de realidad, que cambia a cada momento y es, sin embargo, único.

RAFAEL:

Esas voces te salvarán.

JOSÉ:

Se salvará la voz,
no el que la escucha. Del que la escucha, se salvará, a lo sumo, el agua de un momento. Y el agua de un momento
no alcanza para calmar la sed ancestral
y nos da, apenas, la sombra del sabor de la comida servida en alguna parte, sobre una mesa inefable,

lista para un almuerzo al que nadie,
en ningún mediodía, se sentará.

RAFAEL:

Qué diferencia, la de esa agua, con este vino
que nos hunde en un sueño lleno de miedo,
separándonos, hundiéndonos a cada uno en su cuerpo
como en la fuente de la cólera, de espaldas a un mundo
frágil.

JOSÉ:

Un vino grueso, que no nos deja cantar. En el aire robusto
se borran todos los signos, y hasta el sol se adormece.

RAFAEL:

Hemos descubierto, una mañana, inesperadamente,
en el patio de nuestra casa, el rastro de la víbora,
trayendo consigo la pesadilla, el horror,
el entresueño, el hambre. La tortura
desplazó, férreamente, al nacimiento,
Y en nuestros sueños reinan, rabiosas, las medusas.
¿Después de esto,
qué vendrá? ¿Qué es lo que habremos de legar?

JOSÉ:

Aunque de todo este horror edifiquemos
algo más claro y duradero,
habrá sido tan alto el precio
que en comparación nuestro edificio será nada,
y aunque la tierra entera cante con una voz unánime,
mucho más tarde, junto a la mesa servida,
habrá siempre un momento negro sobre una rama del
tiempo
donde los sueños convictos de estos siglos ruidosos
recibirán, de los verdugos de sueños, su condena.

EL VIEJO ENTRE LAS HOJAS

*Un mes todavía para llegar,
un mes todavía para llegar
—cantaban los marineros—
pero si me dieran la eternidad
de este momento en que busco
ver el humo flotando por encima de la costa,
sería indefinidamente un mes más joven.*

Y el estudiante de Cheng Tu:
*Cuando vista por fin, ah cuando vista
el traje verde de la corte imperial,
seré sin duda diez años más viejo.*

Por todos lados
la misma canción. Sonaba lenta,
en el atardecer. Y las hojas, contra él,
negreaban y cintilaban, si se quiere, nítidas,
más firmes que el cielo mismo, en el oeste,
del otro lado del río. Oscilando, parado, con las piernas
abiertas y una mano apoyada contra un árbol,
Li Po no terminaba nunca de orinar
un chorro color miel del que sobre la tierra
no iba quedando más que la espuma,
como una puntilla amarillenta. Cuando puso fin
dos o tres gotas humedecieron su túnica. Y las melodías,
que habían llenado, dispersas, el crepúsculo,
dando, ubicuas, una ilusión de profundidad,
cuando hubo anochecido, de golpe, se apagaron. Quedó el
manchón
lunar de la túnica, inmóvil,
más denso que el olor del río y de las hojas.
Y no se trataba de Li Po, nuestro conocido,
sino de un viejo que murmuraba solo
después de haber estado tomando vino toda la tarde,
siguiendo de un modo mecánico con los labios el ronroneo
de la mente, atestada de recuerdos, de palabras, de
idiotismos,
la mente de un hombre de más de cincuenta años
que se ha emborrachado diariamente desde la infancia,

separado por la guerra, después de meses, de su familia,
un hombre que ha estado preso por sedición,
que se ha postulado infructuosamente,
una y otra vez, para un puesto en la corte.
La humillación, el destierro, la limosna: sobre esos temas
él hubiese podido escribir tratados.
Y sin embargo,
¿cuántos calígrafos copiaban con fervor, en ese momento,
en el imperio, sus versos? Era un hombre
que tenía alguna clase de Tao, sin duda. Y su mirada
había revelado a algunos sabios que si convivía con los
hombres
estaba hecho, sin embargo, de una carne más compleja, y
más aérea.

Al moverse
un susurro de ramas acompañó sus suspiros y sus quejidos
de borracho.
Más tarde cantarían el ruiseñor.
De estar más lúcido
hubiese podido escuchar, a lo lejos, voces en la casa de su
anfitrión
donde se preparaba todo para la cena,
una comida tan extraña como el cocinero que la salaba,
tan extranjera como la mesa en la que sería servida. Pero
no había más
que el rumor de adentro, más viejo que las ramas y las
estrellas.
Ni una vez sola
ese río oscuro se llenó con alguna de esas láminas
que ahora andaban por todas partes en colecciones
Y que los poetas más jóvenes imitaban con devoción,
como el río que corría más abajo se llenaba, algunas
noches,
de barcos iluminados.
Y debía reconocerse: si a veces cantaba
con desdén, contra la corte, ¿no había, sin embargo,
desde adolescente, intentado varias veces, y sin resultado,
formar parte de su enjambre? *Este Li Po es simpático,*
y escribe, reconozcámoslo, como los dioses^[1] —decían los

funcionarios—

¿pero cómo confiarle alguna responsabilidad?

Un monje, seguramente, un santo, tampoco era, aunque
tuviese

alguna clase de Tao y hubiese difundido, mediante
un manual, la doctrina, porque un santo no se pasa tardes
enteras

tomando vinos de todas clases y fornicando con bailarinas,
un santo no abandona a su mujer y a su hijo durante años,
con el pretexto de la guerra.

No, era un viejo borracho,
tirado en el suelo, en un anochecer, entre sus propios
olores,

ajeno, desde hacía rato, a la enorme realidad;
un viejo que dormía al sereno, y al que buscarían,
con faroles, inútilmente, para la cena.

Se despertaría a la madrugada
tiritando, tosiendo, la túnica lunar llena de yuyos y de
tierra,
y se abriría, vacilando, un camino entre el chasquido de las
ramas. Vería,
de mal humor, luz en el cuarto de trabajo de su anfitrión,
entregado todavía a escribir otro de sus lamentables
poemas, y entraría
a la casa silenciosamente, tratando de no ser visto, de no
hablar,

deseando irse a dormir esa noche sin necesidad
de calzarse, trabajosamente, otra vez, la máscara,
aunque más no fuese por una noche, una sola noche,
el viejo Li Po, medio borracho de un aguardiente
que separa todavía más
que el vino grueso, los recuerdos, y el mar.

HE WEEPS OVER JIM

Lloremos todo lo que vivió. A su turno,
tranquilos, lentos, los huesos, lavados, caen
en la lluvia negra, bulbos estériles a medio
enterrar. Blancos, relumbran,
mostrando en el espejo
de su lisa simplicidad
la rueda de la vida. Basta, por fin,
del dédalo de Dublin, del miedo
a los relámpagos: la pesadilla
de la historia, el grito en la calle
y la corriente que fluye adentro también
se acabaron.
En ese género no se inventa
nada.
Y ahora, uno
quisiera la inmortalidad
no para uno, ni para lo que ama,
nudos que centellean y cachorros que juegan en junio en la
luz,
empujado hacia el círculo de oro de las cosas entre las que
vacila,
a medio borrar
desde el mismísimo día en que pusieron un pie en este
mundo;
no para eso, porque una herida nueva nos enseñó
que nos mueven terrores de criaturas y el deseo, sin
esperanza,
de no ser como todos. Carlos, el cordero,
aspiraba a una inmortalidad en la que, en círculo,
pudiese conversar con sus amigos vaciando despacio una
botella de vino
hasta que el sereno cayendo con la luz de la luna los hiciese
tambalear.

Una humildad por lo menos me has enseñado,
la de buscar algo eterno fuera de mi: el momento
en que atravesabas los puentes de Trieste en compañía de

Svevo,
los momentos en que tu mano, ardua, escribía *What are
Dublin and Galway compared with our memories*,
o alguna otra permanencia concerniente a tu persona,
las florcitas indestructibles de Quiner sobreviviendo al
hundimiento de los imperios,
el momento de la fotografía de C. P. Curran
(*I was wondering would be lend me five shillings...*)
con las macetas y una de las dos hojas del ventanal abierta
atrás,
o el momento en que esa foto, de golpe, amarilleó,
algo, un fragmento de alguna de las piedras o de alguno de
los árboles,
de alguno de los ríos o de alguno de los rostros sin
expresión,
de alguna de las noches o de alguno de los granos de arena
que se empastan en la textura de este mundo.
Porque también nuestras palabras se borrarán.
Me has enseñado,
a mi edad, cuando menos me lo esperaba, entre mis sueños
atrocés
y mis días, llamaradas de fuego negro,
la humildad de desear, contra mí mismo y contra todas
las cosas ya perdidas y descartadas de mi amor,
la eternidad para tu memoria antes que para las yemas de
mis dedos,
para tus llagas y no para mis revelaciones,
para el más turbio de tus días más que para mis chorros de
gracia,
movido a refutar tu locura, tu ceguera, el despilfarro
aterido de los pobres años de tu vida
macerada simulando, maligno, arduamente,
que algo de este delirio cada vez más poblado de caras
inútiles
es inmortal.

LESBIA MADURA

En el lento y compacto cigarrillo que cuelga
de los labios estriados, ojos ávidos ven
el cetro del poder y del desorden que la sostienen
cuando la tarde azul la ciega, el cabello revuelto y árido,
cruzada de brazos, mirando la ciudad por la ventana.
En el cuarto en penumbra la brasa crece
reflejándose
en cacharros de bronce traídos de viajes antiguos.
Se agolpan contra sus ojos, desde adentro, el rumor del
Brasil
y una Grecia de cal inmóvil
desplegada a la orilla del mar petróleo. Susurro
de cuerpos dorados; cabellos lisos más negros que una
arena estelar
se sacuden en el viento rayado y grueso, hacia una fiesta
para lenguas de un rosa profundo y dedos hondos y
vacilantes.

En las salinas de un corazón que ningún rayo turba ni
ilumina
manos socavan en cuerpos férreos
un oro antiguo que el propio cuerpo extravió.

POR CLODIA (LESBIA) EN EL CABARET

Sin embargo tus ojos ardían recientes bajo las drogas
fugaces y livianos como dos cirios en las sombras.
Acunabas un lobo por corazón, oh queridísima Clodia, oh
Lesbia.

Abandonado elijo tu lado bueno: entre la s luces
mínimas, las atroces, parecida a un meteoro,
tu cabeza bailaba y expandía como con aspas verdes
la claridad. Abandonado elijo
tu lado triste: a veces, como Dios, no estás
en ningún lado; entonces cierras
los ojos, oh Lesbia, y tiembles como esas
grandes hojas tropicales mojadas. Abandonado
elijo tu lado esencial: nunca vuelves,
eres como una muerta obstinada, tú,
la oscura patrona del haber sido. Abandonado
elijo tu lado vuelto hacia mí: algo de cuya cara
tu corazón es el reverso.

MISERIA Y CONSUELO DEL VIOLADOR

Piedra y metal, en reunión fría, son mi horizonte estricto,
más allá del cual la bola de nieve del miedo y de la pasión
rueda y crece.

Las palabras de esa región que murió llaman a esto mi
cárcel. Fumo

solitario, continuamente, en la penumbra del camastro,
inscribiendo

las fechas imaginarias de un tiempo irreal en las paredes
estrechas.

Han hecho de toda mi vida un solo día gris que acaba en
la muerte

y yo he sacado de mí y borrado miles de tardes, árboles,
ojos, habitaciones.

Pero el olor de la carne que degradé, los quejidos finales
que sonaron

para mi oído únicamente, el vestido amarillo

y roto por el que la sangre se propagó como un rumor

y el musgo de la piel en cada zona intocada, me pertenecen
en forma de recuerdos únicos, que regresan de a ráfagas
tibias.

Aquí estoy, el obrero lúcido de mi memoria profunda.

Nadie

que no sea yo ha tocado con estas manos y ha dado una
muerte tan perfecta

a tan perfecta inocencia. Aunque a veces recuerde que sobre
la obra en construcción caía el cielo nocturno, frío y

plagado de estrellas,

y hasta estas cuatro paredes me lleguen, no sé de dónde,
lisos escalofríos.

DE POLONIO A LAERTES

No pienses, porque toques con las yemas de los dedos las piedras de otras ciudades y entres, como en un agua, en su estruendo y en su color, que no estás más, inmóvil, en la tierra natal. No importa cómo se llame la ciudad en la que se esté, se está siempre en la tierra natal. Un hilo invisible, cuya medida es tu límite, te acompaña indefinida pero no infinitamente. No corras, por lo tanto, porque en cualquier momento llega el sacudón. Y más todavía: no pienses, porque estemos frente a frente, y me veas, por ilusión óptica, desde fuera, en Polonia y en Laertes como en dos personas extrañas y separadas, como en dos cuerpos remotos que acaban cada uno en la punta de los dedos y entre los cuales no hay más que aire, porque el Laertes que fui le habla en este momento al Polonia que serás. Y ahora, Polonia, hasta la vista, y no te olvides de guardar intacta esta bendición, para cuando debas entregársela a Laertes —¡Laertes, Polonio!— en el momento de la despedida.

CAMPOS QUEMADOS

El cabrilleo lento, y después de una inmóvil
fugacidad, el incendio, que prolonga,
en la noche cerrada, un crepúsculo
chisporroteante. Hay una franja móvil
de fuego bordada en el tejido
tenso del bastidor de la amplia oscuridad.
Gritos de pájaros enloquecidos, cenizas en el viento.
El alba ¿encontrará los rescoldos finales, o aquella
vieja amenaza que día y noche
nos acompaña
llegará hasta este mundo con su fuego irreal
para escribir, por fin, borrándonos, la ardiente profecía?

A UNA AMIGA

Llegó entonces la estación capital, el verano,
sometido a un rigor de fuego. Qué real
nuestra corta tarde: una medalla mojada —relumbrones
oscuros— bajo los árboles. Ahora puedo decir
lo innumerable de mi vida, a la luz férrea
de un día solitario. Gastamos nuestra
llama escasa, desde los bordes
hasta el núcleo, consumiéndola
minuto a minuto. No guardamos
ni música. Y me he quedado solo
tratando de luchar con la camisa estrecha
de mi voz, para decir esta palabra imprecisa
que nunca escucharás. Así sea.

QUEVEDO

I / A FRANCISCO DE QUEVEDO

Hijo de días, contra el cielo
estabas de oro, contra la luz
de ramas de tus días
estabas de metal, contra
el fuego de flores.

Contra la tierra, hijo
de días, en tus horas,
en las ciudades, de sangre y piedra.

En tus horas, y en las horas
de ahora —el que sabe llorar
y vivir—
persistes.

II / RELOX DE SOL

El cielo gira siempre y a medida
que gira el cielo cuya luz me crea
bajo el tiempo y la luz se hunde la vida
como una playa bajo la marea.

Luz y muerte. El ciprés que te desea,
inocente retama florecida,
te quiere mal. No dejes que te vea
cuando al alba, desnuda, en la encendida

costa, gozas la luz cándidamente.
Entre la luz sabe esperar, mezclada,
la muerte férrea: sé lo que te digo.

Y no me olvides porque me alimente
de tiempo y luz, ni porque tu mirada
vea en mí al servidor de tu enemigo.

III / SEGOVIA

Relojes, de sol, o de arena, o los otros
arduos como un organismo, que no miden,
sin embargo, nada. Y no es, después de todo,
embarazoso, o melancólico, ni gris, tampoco,
haber pertenecido, de cuerpo entero, al pasado.
Por estas avenidas, que fueron campo e incluso menos
nació, abuela de sí misma, mi voz. La cuna
de la lengua que han mecido, duramente, los años,
hasta dejar, frente a mí, o mejor todavía, en mí,
residuos, astillas, polvo,
casi nada con qué edificar —y de ahí
han de nacer, si es que nacen, como panes, mis piedras.
Que trabaje, que golpee,
dice incansablemente y desde el fondo la voz a mi voz,
en el silencio que han dejado, en la vieja fragua, los
herrerros.

¿Herrerros? ¿Y por qué? No ha de haber sido, finalmente,
fácil estar allí, como ahora, en sus horas,
en la misma irrealidad o mar de la lengua,
nadando, desde el *shock* del naufragio,
hacia islas inciertas
que ningún mapa, hasta entonces, señaló.

DANTE

I / EN MEMORIA DE BICE PORTINARI

Empujaste a un hombre a la locura. Una mañana, caminando bajo el sol florentino te vio destellar nítida, contra el tejido de los sueños amargos de su última noche. Inclínaste gentil la grávida cabeza y en la creciente de los años el ademán tranquilo se incrustó como un diamante sobre el cielo feroz y vago de sus días. Y en plena juventud, después, moriste, casada con un hombre común que te quería, desconociéndote. Oh, Bice Portinari, así son las mañanas de este mundo: despertamos de un sueño amargo y andamos como fantasmas hasta que recogemos, del sol de nuestras ciudades, un núcleo de claridad, o más bien una joya férrea que veneramos, gastada y turbia, en algún sucio anochecer.

II / EL PASO POR EL FUEGO

El que fue más que un padre para mí iba adelante, y detrás iba el padre de la argénteo frase que repetía: *Hic plura pones vocibus et modis passu solutis*. Yo avanzaba en el medio, ascendiendo hacia el llano plagado de flores en que vería, otra vez, por fin, la claridad de mi infancia. Me golpeaban, de a ráfagas, unos recuerdos rotos, el manchón púrpura a la mañana, y la blancura tardía incitadora de un sueño de paz. Pero ese fuego seco me cegaba, flamante, distinto al de este mundo, y en un momento dado

mi mente vaciló y mi horror
fue tan grande, que no pude ni siquiera
gritar.

III / EL REGRESO

Fui real entre aquellos simulacros
y mi sombra, para gran maravilla de las sombras
que vagaban por esas cimas de redención,
volvía todavía más rojas a las llamas. Ahora
la gran fiesta final se ha disipado y camino
hacia las piedras borrosas de una ciudad
en la que nunca, de nuevo,
resonarán
los pasos de la hija de Polco.

Ahora soy yo la sombra entre estos cuerpos reales.

EL ALUMNO DE CRATES

Empédocles era nieto de Empédocles, es decir, de sí mismo,
y concebía el mundo como una esfera, sacada, del núcleo del amor,
por la constancia del odio. Y el filósofo maravillaba, con sus milagros, Sicilia, astilla del dios o Dios él mismo, dignándose pasar por esta tierra para enseñar, y eso era todo, que hay un lugar más alto que se expresa, fragmentariamente, y a voluntad, en voces, en volcanes, en plantas, en relámpagos. Una de esas voces lo llamó, se dice, una noche, desde el hogar, o sea desde el fuego, por su nombre, rigurosamente: *¡Ya diste pruebas en abundancia!* Volvió de este modo sobre sus pasos
a través de un volcán —o era él el volcán mismo.
Y Sócrates,
más adelante, o, si se quiere, más atrás,
cruzaba, desdeñoso, la plaza, varias veces, hasta que alguien lo detenía:

Esta noche, habrá un banquete en lo de Fulano; todos cuentan con tu presencia; será un verdadero chasco si no vas. Era frugal y, según él, su método era como el de las parteras,

consistente
en tirar, con paciencia y suavidad, del vientre de la locura, hasta sacar, cubierta de sangre, de a poco, como a un niño, la verdad.

La locura era el lugar común o el miedo a reflexionar. Y se especializaba en todos los temas, hablaba sin ningún apuro, era socarrón, disimulaba el hartazgo de un mal matrimonio agrediendo con su ciencia:
terminaron por cansarse de él. Se aprovecharon, parece, de un error político para eliminarlo. Ha de haber sido, según nos quedan testimonios, un gran hombre, el hombre que todo discípulo en busca de

un maestro
debiera, alguna vez, encontrar.
El carácter exacto,
la mezcla justa de inteligencia y de desdén, capaz de
despertar
no solamente admiración sino también un poco de odio.
Y, justamente, su discípulo, el ancho de espaldas, fundó,
más tarde, una academia:
refutó a sus antepasados conservando, sin embargo, una
ilustre continuidad.
Puso orden en ese caos de sabios.
Unos habían querido no ver, del mundo, más que el aire,
otros consideraban únicamente el fuego,
otros se equivocaban
en la sustancia, en la proporción, en el número.
Había quienes no podían entrar dos veces en el mismo
curso de agua,
quienes corrían, sin avanzar, detrás de una tortuga
más veloz, cosa curiosa, que una flecha. En relación con ella
el atleta, detrás, parecía inmóvil, como una estatua. *La
revolución*
*de estas cosas separadas y en movimiento, marcó todavía más
su movimiento y su separación.*

Entresueños: imágenes.
Cabeceaban, esos hombres en las siestas ardientes, y
alimentaban,
en sus años, el delirio: así obra el sol real en el desierto.
Mi maestro, Crates, vivía desnudo, en silencio, en el
arrabal.
No se creía en la obligación de moralizar ni de teorizar.
Hurgaba, sin ansiedad, los basurales. Hacía el amor
con mi hermana, hija de patricios, montándola por atrás,
como los perros,
y en la plaza pública, y durante un tiempo
los tres lamíamos las llagas de los leprosos
y de los pobres la simple inmundicia. Borrarnos, de lo que
habíamos recibido,
lentamente, todo, o casi todo: nos quedó el cuerpo, la
enfermedad,

que era, por sí mismo, toda nuestra doctrina,
el cuerpo desnudo, donde cada uno podía encontrar,
contemplándose,
a los otros, con tanta evidencia que por fin hasta él mismo
se borraba.

Pasábamos días enteros
inmóviles, a la intemperie, sin meditar,
confundiéndonos con la tierra, con las rocas,
sentados sobre nuestros excrementos, y después
recomenzábamos
a vagabundear, en silencio, por los suburbios, desvaídos,
juntando las sobras que el gran manicomio de la ciudad
expelía,
rascándonos la sarna contra las paredes. Y lo llamo
mi maestro porque, sencillamente, no me rechazó,
aunque no pueda decir tampoco que me haya aceptado. Y
porque una vez,
hallándome enfermo, contrajo, voluntariamente, mi
ridícula enfermedad,
para mostrarme que no había en eso ninguna ignominia.

No me
dejó ninguna máxima, ningún escrito, ninguna lección.
Nada, como no sea, en mi memoria,
la presencia continua, imborrable, de su cuerpo
—o del mío, ya no sé.

Y si había sido, muchas veces,
considerado, y hasta tierno, con los pobres,
lo había hecho para exaltar el instinto, no la caridad,
la omnipresencia de la especie a expensas del individuo.

Murió
en las afueras, en el campo, y, siguiendo sus instrucciones,
no lo enterré.

Durante meses, durante años,
visité, de tanto en tanto, el lugar,
observando, cada vez desde más cerca, el proceso,
la corrupción, el desecamiento, la simplicidad,
de modo de comprobar hasta qué punto
devolvemos, gradualmente, nuestro patrimonio,
a nadie, a nadie, otra vez, el patrimonio que *nadie*
nos confió

Me había dejado, si se quiere, un gran vacío. Los recuerdos

de nuestros juegos, con mi hermana, en la casa natal,
y mi hermana misma, en su inocencia, antes de haberlo
conocido,
mis fantasías de los años en que estudiaba a los viejos
filósofos
soñando con crear, a mi vez, un sistema
—todo, todo lo que no fuese
el cuerpo desnudo, estragado, se disolvió. Los años de oro,
el sol de cada mañana, el ritmo propio del amor,
quedaron, para siempre, fuera de mi alcance, en la noche
de los tiempos. Roca, y arena, me separaban,
perpetuamente, de mi vida.
Ya no tenía, mejor dicho, una vida.
Me había dejado, mi maestro,
liso, achatado, la mente como una gran herida insensible,
dando, a cambio, su vida entera, como una máxima
viviente.
Y más tarde, o un poco antes, ya no sé, murió mi hermana.
Durante un tiempo
anduve solo, con una bolsa y un palo, semidesnudo,
de ciudad en ciudad, el pelo veteado de gris, sin pensar en
nada,
sin recordar nada, por entre el mar
de mis contemporáneos, durmiendo a la intemperie,
sin ni siquiera el cuerpo como doctrina ni la estrella de la
tarde
de la enseñanza guiando, serenamente, mis pasos. Había, a
veces,
alguna cosa viva dentro de mi bolsa, un conejo, una
gallina, alguna cosa viva dentro de mi bolsa y ninguna en mí.
Y cuando llegué, después de un rodeo de años, a mi casa
natal,
se me dijo, servilmente, que mi herencia, desde hacía
mucho, me esperaba.
Un muerto poseyó, de este modo, hombres, hacienda,
ciudades, y un filósofo
concibió, por dinero, firmándolo con el nombre de ese
muerto, un sistema.
Se hablaba en él del estado, de la ciencia, de la religión,
y se clasificaba, en grupos homogéneos y armoniosos, los
mundos,

mundos en los que todo tenía, oh reino del individuo,
identidad.

Y venían, de otras ciudades, a besar mi sandalia, a
celebrarme.

Cada individuo, en nuestra ciudad, tenía un nombre y
cada piedra tenía un nombre.

Nuestra ciudad entera tenía un nombre

Y cada una de sus calles y cada una de sus casas,
siguiendo, estrechamente, mi clasificación.

No me faltaba más que el carro de fuego y el llamado,
riguroso, del volcán.

Ninguna voz, sin embargo, resonó.

Paso, inmutable,

la flor de mi ancianidad

en los dientes de la jauría.

ENCUENTRO EN LA PUERTA DEL SUPERMERCADO

LA HIJA:

Sí, pero no debiste mandarme esta mañana. No debiste. Mis días, todos iguales, no han debido, inesperadamente, ser divididos, y para siempre, por esa herida. Aunque desde el lugar en donde estás —la madurez— se sepa que alguna vez, una mañana, en el espejo de todos los días ya no se es, oh cambios, el mismo. Ya no se es el que se era ni el que se creía ser sino otro. Los años han de parecer, desde donde estás, cicatrices, y el tiempo un cuchillo. Pero si esta mañana, en el interior del invierno, yo hubiese, por lo menos, entre los monobloc s, en el aire gris, encontrado a alguien que me hubiese llevado, como otras veces, a tomar un café, ahora que hemos terminado de cenar, que papá trabaja en su despacho olvidado de nosotras, yo iría tranquilamente a mirar la televisión sin la intuición de otro mundo o de otros mundo s.

LA MADRE:

¿Qué mundos, si se puede saber, se han de intuir de la simple mirada de un extranjero? ¿De un hombre de treinta años parado una mañana contra la puerta transparente del supermercado que, viéndote llegar, se fija, por un momento, en tus ojos, llevado, seguramente, por la inercia de la mirada, de los ojos acostumbrados a errar y a rebotar contra una muchedumbre de piedra? Has de haber tenido, anoche, un sueño rápido, sin recuerdos, cuya memoria, después, tembló un momento, sin florecer, en la mirada del extranjero, una de esas asociaciones en la que uno mismo, y no lo que se mira

es, en realidad, lo familiar. Y está también la turbación que la mirada de un hombre de treinta años, hermoso, como una ráfaga oscura, siembra en una criatura que pisa, por primera vez, el país del amor.

LA HIJA:

Sí, pero no era hermoso. Y no debiste, esta mañana, mandarme. No debiste.

LA MADRE:

Por otra parte, ¿de dónde puede venir un extranjero, como no sea del desierto? El otro o los otros mundos que se vislumbran, a veces, en las miradas ajenas son, para el que los vive desde adentro, desiertos. Una llanura blanca, o gris, o amarilla, o negra, idéntica a sí misma en cada punto, y en la totalidad, donde no crece, a partir de cierta altura, ni siquiera el horror. No, has tenido un sueño, ni malo ni bueno, un sueño dentro de un sueño del que no se despierta más que para caer en otro más grande, y en el interior de todo eso no hay ninguna realidad. Una mirada no puede revelar nada, porque no hay nada, pero nada, que revelar. Y nuestras lágrimas salen del ojo mismo, por compulsión: ninguna fuente las alimenta. Ahora iremos juntas a mirar la televisión y en un momento dado nos preguntaremos, como todas las noches, en qué somos nosotras más reales que esas sombras para las que ya todo, en un antes improbable, pasó. Y si nos asomáramos, por un momento, al balcón, ¿diríamos acaso que esas hileras de ventanas iluminadas, todas iguales, y esas luces allá abajo, en hermandad con nuestros

recuerdos, son lo que creemos que debe ser, y lo que
llamamos,
un mundo? No, nadie puede despertarse, porque no hay
ninguna mañana a cuyo sol despertar.

LA HIJA:

Sí, pero no debiste mandarme. No
debiste. Lo *otro*, de golpe,
se me reveló, como *otro*, simplemente,
sin ningún paraíso, más adelante, o, si se quiere, más atrás.
Lo *otro*, más hiriente
que: un golpe en plena cara, que una pared
destellando en la orfandad del verano. No debiste,
no, mandarme, mamá, porque se me han cerrado,
desde esta mañana, las puertas, endebles, de lo conocido,
que una vibración, fragilísima, puede, inesperadamente,
abatir.

Ya nunca más seré la que fui. Me esperan
años de duda, de miedo, de irrealidad,
la tentación, probablemente, de la noche,
la muchedumbre del insomnio, el vacío.
Y ustedes, mi padre como mi madre, mis hermanos,
bocas que comen, a su manera, mi vida,
se perderán, desde ahora, en una suerte de niebla o de
lluvia
muda, por los siglos de los siglos. No
debiste mandarme, no, no debiste. Porque
en la puerta del supermercado,
por encima del ruido de las registradoras,
en el invierno liso y monótono,
en la selva del hambre, incurable y ancestral,
esos ojos, aunque guardaran, en el revés, el desierto,
me mostraron, enteramente, y por un momento,
la red de nuestra prisión.

EL FIN DE HIGINIO GÓMEZ

Entró en el hotel al anochecer.

En el mes de octubre,

y a esa hora, en la glorieta del bulevar, entre el hotel
y la estación, va la luz de neón de los letreros
luminosos a horadar, complejamente, de un modo suave,
las glicinas.

Entró sin mirar atrás

bajo el cartel azul,

llevando un portafolios en la mano derecha

y dos tubos de pastillas en el bolsillo.

Al otro día, lo de siempre: la mujer de la limpieza

llamó a eso de las cuatro, para arreglarle la cama

antes de retirarse, y como nadie

contestaba

volvió con el gerente y un chico medio tonto

que estaba para comprarle cigarrillos a los clientes y cosas

así

y cuando abrieron la puerta lo encontraron:

todo vestido,

estirado en la cama, con los zapatos incluso, y los tubos

vacíos

de barbitúricos sobre una mesa insignificante adosada a la

pared.

El portafolios no tenía nada adentro, estaba también

vacío. Después la autopsia reveló que la muerte

se había producido alrededor de las nueve

es decir casi enseguida después que entró,

de modo que al atravesar el umbral, bajo la luz azul

del letrero, al pagar por anticipado la habitación

que alquilaba, según él, por una noche, al entrar

al hotel, dejando atrás, del otro lado de la calle,

Y un poco más acá de la estación, las glicinas,

ya sabía que entraría, cerrando la puerta con doble llave,

y que sirviéndose un vaso de agua

se tragaría los dos tubos de pastillas.

Tal vez se apresuró por miedo de arrepentirse,

porque a los veintitantos años, e incluso a los diecisiete

antes de irse a Europa, cuando fundó en la ciudad la
revista *El Río*,
había sido un hombre apasionado. Pasó varios años
entre Londres y París
Y a la vuelta se instaló en Buenos Aires, como periodista.
Descendía de una familia tradicional, venida a menos;
pasó su infancia en una casa del sur
entre retratos del Brigadier, mates y rastras de plata,
con una glicina y un aljibe en medio del patio
sobre el que se abrían hileras de habitaciones.
Después supimos que antes de entrar al hotel había echado
una carta
para Washington Noriega, que había sido para él una
especie de mito,
una especie de maestro o de gurú en su juventud,
pero que le había, finalmente, retirado el saludo.
Entre otras cosas parece que decía en la cana
que a su edad no alcanzaba a distinguir
entre lo que otros llamaban la razón y sus contrarios
y que, sobre todo, no tomara la carta como una agresión.
*Mis pobres tardes, decía, Washington mis pobres tardes llegan
a su fin.*
*Abandónese si puede alguna vez, usted que es un viejo, a la
piedad. Abandónese.*
Sepa que yo no pido nada para mí
porque cuando usted reciba esta carta ya estaré muerto.
Eso había sido antes de entrar en el hotel, al anochecer,
antes del cuerpo todo vestido estirado sobre la cama,
antes de que los dedos del gerente, con gentileza
profesional y un cierto
temblor, comprobaran que el pulso de su cliente ya no
latía.
El entierro fue penoso porque no hubo casi nadie a quien
avisar. Me enteré
por casualidad, porque mandaron al diario
el parte policial
y algo me dijo en el corazón que no se trataba de un
simple homónimo.
Por suerte la familia poseía a perpetuidad un panteón
y después de trámites trabajosos, de la autopsia humillante,
le costamos un entierro de tercera, yo y los mellizos

Garay,
Adelina Flores, su vieja amiga, y Horacio Barco, que lo
detestaba.

*No hay lugar
no hay lugar en este mundo para la piedad,*
dijo la voz de Washington Noriega en la mañana
melodiosa.

Nos esperaba en la puerta del cementerio, fumando un
Colmena.

Yo había prescindido de llamarlo
para ahorrarle la humillación
de ser eximido de pagar una parte de los gastos
y por miedo a que la furia
sin redención del maestro despechado contra su discípulo
fuese una última cachetada en la mejilla dura del muerto.

*Y no hay lugar,
no hay lugar en este mundo para la piedad,*
dijo su voz en la mañana melodiosa. *He aquí un hombre
muerto al que yo odiaba, desde hace años.*

*Y no hay en todo mi cuerpo
ni esto, ni esto solo* (y se apretó con la uña del pulgar
la yema del índice) *de piedad.* Habló dos o tres minutos,
concierto
malhumor. A sus costados, los mellizos, idénticos, vestidos
de blanco, los dos con las manos cruzadas a la altura del
pene,
tenían la cabeza elevada, en dirección contraria, como dos
cariátides, oliendo el aire como si esperaran la llegada
de una nave celeste, o de un ángel.

Deme uno de sus cigarrillos, Tomatis, me dijo Washington
cuando terminó.

Nos separamos en la puerta del cementerio.

Almorzamos juntos con Barco

y jugamos toda la tarde al billar.
Esa noche, después, me acuerdo,
(ya ni sé dónde íbamos) corrimos dos cuadras
bajo la lluvia y entramos, todos mojados, a un café.

Abandónese, usted que es un viejo, a la piedad.

Abandónese.

Abandónese aunque más no sea por un momento.

Había escrito poemas largos,

narrativos, y una parva de aforismos. Y, como traductor,
dejó
montones de esbozos, de ejercicios, de fragmentos, todo
escrito a lápiz,
de libros que otros más eficaces que él traducían en quince
días
y mandaban rápidamente a la imprenta. Y después: las
drogas,

desviaciones sexuales

masoquismo consistente en desdeñar a talentos
perfectamente

reconocidos

que publicaban una novela por año, pasaban su tiempo
entre

Cuba y París

y firmaban declaraciones
en las revistas literarias y políticas del mundo entero.
No le mandó unas líneas ni siquiera a Adelina. Pidió
una semana de franco en la redacción, viajó toda la noche
en *El Rápido*,
y, según se dedujo después, anduvo el día entero
recorriendo la ciudad,
almorzó en el restaurante *El Tropezón*, frente a la jefatura,
y paseó durante toda la tarde por la costanera y el puente
colgante.

Debió haber tenido mucho sueño para tomarse los dos
frascos de pastillas
si se tiene en cuenta que había viajado toda una noche
para venir a llegar a una ciudad desolada
en la que a pesar de haber vivido años, prácticamente
no conocía a nadie. Ninguna cara familiar,
únicamente los rostros ya sin hálito que nos rodean,
pálidos,
las caras ya muertas que no despiertan ninguna
admiración,
el cese del amor en favor de la realidad. Fachadas,
cuerpos, olores sin ninguna memoria, ni del pasado ni del
porvenir,
el gran desierto de las ciudades abriéndose para un abrazo
de muerte,
como un órgano pétreo, planetario, sin agua, abandonado.

Abandónese.

*Y yo no espero nada para mí, porque cuando
usted reciba esta carta ya estaré muerto.*

Héme aquí ahora,
años después, recordándolo, tan muerto para él
como él estuvo muerto
para los dedos blancos del gerente que aprisionaron su
muñeca,
él, que nos enterró cuando dejaba atrás la glicina
y pagaba la habitación simulando pernoctar
para seguir después hacia el norte,
muerto con los paraísos de este otro octubre,
más exteriores que el cielo estrellado,
agonizante desde que él tomó el ómnibus para viajar toda
la noche,
desde que entró en el hotel al anochecer,
el hombre que llevaba dentro de sí
un patio con un aljibe y recuerdos europeos,
muertos cuando la puerta se abrió
y el idiota del hotel
que espía a las clientas por las claraboyas y se
masturbaba en el baño del fondo,
vio tendido sobre la cama al hombre todo vestido,
con las manos abiertas y los zapatos lustrados.

Así vamos sembrándonos unos a otros
nuestra noche
solidaria.

RUBÉN EN SANTIAGO

Apenas si había salido de la Gare de Montparnasse
y ya la lluvia borraba todos los bosques
y el estanque de Versailles. Un día gris, enorme,
reunía los edificios de París a medida
que el tren, impalpable, más alto
que los barrios y más alto todavía que el arrabal,
iba siendo una hilera de ventanas fugaces
para un hombre asomado al balcón de un monobloc
que tosió varias veces mientras lo miraba
cubriéndose los labios con la yema de los dedos. En este
momento él está solo, en la estación de Santiago,
llevando una valija atada con un hilo y un traje oscuro
liviano, que ya ha resultado insuficiente
en Valparaíso e incluso en el vapor: en semejantes
situaciones nos deposita el mar de este mundo.
La flor de la infancia ya está cerrada.
No queda más
que el gran espacio abierto de una estación
en el que suena, de cuando en cuando
algún ruido metálico lleno de ecos o el chirriar de las
ruedas
pulidas de alguna vagoneta de carga
sobre el andén atravesado de pasos
difuntos y de manchas de lubricante. (Un ligero
deseo de no haber salido nunca de su casa, los bolsillos
llenos de cartas de presentación). Viajando,
se percibe, de golpe, el tamaño del mundo,
y al mismo tiempo el ritmo con que se abre y se cierra
la prisión de las ciudades. Y después
también el instante de la estación queda atrás,
con un retroceso doble, en el tiempo y en el espacio,
como iban quedando atrás, en ese mismo momento
la Gare de Montparnasse y el estanque de Versafles y la
llanura
cerca de Chartres alisada, deliberadamente,
por la mano de Dios
para volver más alta y (es un decir) más noble su catedral.

Ahora lo vemos trabajando en la redacción
de *La Época*, en un puesto insignificante,
viviendo en un cuarto estrecho en el mismo edificio
que tiembla todo con la marcha de las máquinas, él,
que ha sido recibido a los quince años por dos
presidentes, que ha conocido el gusto del champán
en Managua y en El Salvador por cuenta de la Nación
y que improvisa versos liberales
atacando el oscurantismo y bregando
por la Unión Centroamericana. La *fusión mística*
entre el poeta y su pueblo ha pasado como un sueño de
oro,
la creencia en el propio genio no tiene
valor de trueque en el Banco de Empeños
y el autor de esa hojarasca que durante algún tiempo
un medio atrasado consideraba la cúspide
de la poesía, se despierta un buen día en la otra punta
del mundo, donde la buena sociedad no habla más que
francés,
se ríe a carcajadas ante los nombres
de Bécquer o de Zorrilla, ignora por completo
a los oscuros poetas centroamericanos
que él había tomado por Dante y por Homero
y está demasiado ocupada en sus discusiones literarias
como para prestarle la más mínima atención.
Unos patricios ignorantes lo habían celebrado
como poeta y no es más que el epígono
de un anciano ridículo, Campoamor.
Más tarde escribirá *Azul, Prosas Profanas*,
todo eso: en una palabra, lo adorarán como a un Dios.
Lo pasearán como a una puta decrepita,
de país en país, siempre medio borracho,
saliendo de su casa al mediodía,
despertando al amanecer en alguna embajada,
en algún prostíbulo, en *La Nación*;
la certidumbre de su genio tendrá
valor de cambio otra vez y bastará
ponerlo frente a una hoja blanca,
en medio de una orgía, para que salga uno de esos
sonetos de cuya música únicamente él tiene el secreto.
Pero en ese momento, cuando el tren

paraba en Le Mans, bajo la llovizna implacable,
en medio de la campiña ligeramente acuchillada,
él prefiere mil veces
que Pedro Balmaceda, el jorobado,
el hijo del presidente, el lisiado que acumula
revistas literarias francesas y libros de París
como otros hijos de ricos cuelgan en las paredes
de su cuarto una colección de pistolas,
no hubiese hecho publicar a su costa los *Abrojos*
calcados de Campoamor. No es más que otro golpe
en la mejilla frágil de un chico engreído.
Está, como dicen los jugadores
cuando han perdido hasta el último
centavo, en el fondo del mar. Tiene
que empezar desde cero otra vez. Aceptar
el código arbitrario de un medio
más refinado, porque, después de todo,
él ha venido a conquistarlo y a tenerlo
arrodillado a sus pies. En adelante
se tratará de un trabajo de hormiga, hecho
con un diccionario de mitología
y un diccionario de la rima, de un trabajo
encarnizado sobre la prosodia francesa,
se tratará de distribuir
de un modo diferente las cesuras
siguiendo el ejemplo de simbolistas y parnasianos
y de explotar algunos metros en desuso.
Habrá que volverse un amanuense
si se quiere mirar el mundo desde arriba,
romper el círculo mágico de los códigos
reinantes para instalarse en su interior
aunque se entregue a cambio una magia
más antigua y se cambie la piel
de la serpiente, llena de trenzas brillantes,
por un abrigo de paño inglés.
Tenía al fin lo que quería,
el tumulto de la gloria a su alrededor,
la identidad deseada, pero que servía,
al fin de cuentas, únicamente a otros,
porque para él, de un modo imperceptible
y para siempre, el nudo de oro

de la poesía había cambiado de lugar
perdiendo su poder mágico
contra el extrañamiento y el horror,
tendría ya lo que quería en el momento
de descubrir que eran los otros los que se lo habían
impuesto,
ahora que el tren iba dejando atrás Le Mans
y hundiéndose en una Bretaña lluviosa,
lo que él quería, es decir ningún
deseo, ningún equilibrio, ninguna predestinación
y únicamente la mano decrepita,
deslizándose de izquierda a derecha y sembrando,
con tinta roja, sobre las hojas blancas,
unos signos incomprensibles
en los que otros dicen oír
el canto de las estrellas.

AKINARI MONOGATARI

EL DESHIELO

Llegó de este modo el mes del deshielo
Akinari
solo
de edad mediana
estragado
viajaba entre dos ciudades
para enseñar
la doctrina del imperio
a unos jóvenes
magros que lo escuchaban y enrojecían
ante sus preguntas
Ciruelos llenos de flores
se balanceaban en la brisa de abril frente a la ventana
A la hora del té
que servían mujeres silenciosas
una de sus discípulas
en cuya voz cantaba
a veces
el ruiseñor
se aproximó al maestro
hizo una reverencia gentil
lo miró
a veces
Y había en sus ojos algo de la mirada de la zorra
tal como debe verla el zorro
en el mes del deshielo
La mirada chocó contra los ojos miopes del literato
que llevaba en ese momento a sus labios la taza de té
Akinari
dijo la voz del ruiseñor
Akinari
Mientras me enseñas la doctrina imperial
en el mes del deshielo
Yo pienso

en el tiempo que te trajo hasta aquí
en el país de donde vienes
en tu falsa doctrina
Akinari
Pienso
Akinari
en ti
en el temblor de tus pestañas
en tu barba implacable
en el patio de tu casa
en tu insomnio en tu deseo
en tus años
¿Por qué no hablas nunca de eso
al enseñarnos la doctrina oficial?
Y de regreso
Y era en el mes del deshielo
de una ciudad a la otra
iban los ojos de Akinari
fijos en el camino
y no veían sin embargo golpear la lluvia contra los grandes
árboles.

II / EL INVIERNO

*No planten, en el jardín, el sauce, aunque
en agosto, antes que nada, impaciente, reverdezca.
En marzo, con la primera lluvia fría, tenue
amarilleará.*
La helada azul, más tarde, no tendrá qué quemar.
No es la inconstancia
sino el insomnio
la ansiedad del que vigila
la vecindad del invierno
esa corona de ramas grises sobre la herrumbre del cielo
y el espesor de la niebla
transfigurado en transparencia
lo que desnuda
en una noche crucial
el pavor

el horror al horror

—sofisma de suicidas.

La invasión del miedo como un ejército cerrado
arrasando, en círculo y apretadamente, un país todavía
limpio.

Más vale

amarillear y declinar

que soportar las llamas de la helada

atravesando ciegos el invierno como a una noche

hacia jirones de octubre improbables

Decapitar

diseminarse

decaer

No planten, en el jardín, el temblor amarillo

aunque en agosto, y antes que nadie, tienda su sombra

gentil

porque más tarde, en la intemperie de junio,

ninguna savia arderá.

FRAGMENTOS DE UN *JUAN MOREIRA*

Y todavía estoy en el principio

EDUARDO GUTIÉRREZ

En un lugar de ríos como zanjones,
en un lugar de ríos como zanjones
y de horizontes desmesurados, en un lugar
de matorrales áridos, Juan Moreira chocó
contra el trueno inaudible de su última bala.
Cada uno conoce el sabor de su propia ceniza.
Nos movemos y vamos de un sitio a otro
por medio de nuestras piernas complicadas,
de lugar a lugar, pero siempre volvemos
al encuentro del trueno de fuego frío
que es nuestro y de nadie más y que oyen,
sin embargo, únicamente, otros.
Llamamos a eso nuestra vida. Su lugar
se llamaba *La Estrella* —pero la luz
que caía de noche sobre el llano, por las ventanas,
entre los caballos inquietos, era una luz sucia.
En su cuerpo no había más que cuentos de suplicios,
y el puro misterio que se repite en cada cuerpo
y él nunca presintió. Su pasado real era el desierto
y su presente magro las poblaciones
entrando y saliendo nítidas, en la luz, de la nada.
Sus idas y venidas a *La Estrella*
cuando llegaba sólido al galope como una piedra
tirada por el desierto,
como si hubiese rebotado contra la pared de su exilio,
para gestionar el trámite de su muerte que al fin se cobró;
sus días ya vividos —un tramo
preciso en el tejido de las mañanas—
trabajando con las uñas la constancia del planeta
y que persisten como un silencio translúcido
cargado de gestos que se han vuelto palabras
resonando mudas en nuestra memoria;
sus caballos;
los movimientos mecánicos de su brazo apuñalando
un único cuerpo —el suyo—, muerto un millón de veces

y vuelto a renacer un millón de veces en la monotonía del
llano;
los relumbrones borrosos de su plata brasilera
y el friso de su tirador: férrea como eso
fue, de una negrura a otra, su vida.

Así, entonces, el lugar del hombre que se había
desembarazado
del Hombre fue *La Estrella*, que era como una caja de
gritos
y un origen de voces y de música en la noche azul del
desierto;
La Estrella, que olía a ginebra y a polvillo de yerba seca,
y en donde podía hacerse el amor, detrás del café, y más
allá
del patio liso, en altísimas habitaciones, con duras
mujeres de voz masculina cuyas arrugas finísimas,
parecidas a cicatrices, resquebrajaban
la pátina de polvo húmedo a la primera sonrisa,
y en donde todavía podían oírse risas súbitas, de lenta
perplejidad,
en plena madrugada, cuando Lobos ya estaba dormido;
La Estrella, que ni apretujada y como protegida por el
caserío,
podía ocultar en la llanura muda su enorme fragilidad:
menhir en el centro del espacio devorador.

Las cosas que se mueven y comen distancias son los
verdugos de las cosas,
y las cosas inmóviles no soportan la fuerza de su
inmovilidad;
la arenisca filtrándose entre los ladrillos, el agua
en crecimiento, el polvo que el viento levanta y destina a
corroer,
el ramaje artificioso que echa raíz en las grietas de la cornisa:
para acorralar a la liebre, tiene que haber un punto
más adelante del cual la liebre no pueda avanzar,
para que esté cansada
tiene que haber un campo por el que haya corrido,
para que tenga que morir
tiene que haber un sitio, a campo raso, o en una gruta de

la cadera de la mujer crecía cuando ella se inclinaba hacia
el brasero
y el millón de ojos de los Dueños
se clavaba en el llamado turbador de los senos.

También los Propietarios se echaban desnudos
y solitarios en el amanecer acariciándose
los muslos velludos. La luz gris
entraba por las viejas ventanas que recortaban el llano.
No encontrarían lo que buscaban
dejándose caer en el interior de esos cuerpos
apresados en caza nocturna,
gustando a medias los arrugados pezones color vino,
oliendo la rosa desmesurada y misteriosa
y sin embargo la mañana los encontraba pálidos,
con una intranquilidad que contagiaba a los caballos
haciéndolos piafar.

También ellos estaban esparcidos en el desierto como las
estrellas en el cielo.

Como un puñado de piedras arrojado al aire por una mano
furiosa

o animales en estampida corriendo en mil direcciones
y alejándose cada vez más de la hacienda,
sin un segundo siquiera para detenerse y pensar.

Manténían el control del cuero y la plata.

Gastaban a sus propias mujeres en trabajos de
descendencia.

Se ajaban ejerciendo las artes de comerciar y gobernar.

Iban a la guerra poniéndose la casaca militar sobre el paletó
y volvían con olor a pólvora y a caballo, manchados de
polvo y sangre.

Habían saboreado carne de yegua y carne de india.

Destinaban la vejez a escribir libros y memorias.

No podía calmarlos nada, ni siquiera el remojón del sueño,
en el nudo de su extrañeza.

Habían ido avanzando a través de la tierra desde el mar,
dejando un rescoldo de poblaciones de la hoguera de sus
batallas.

Pero delante de ellos ondulaba el desierto
de la entrevista madurez —como un espejismo

enloquecedor—
sin nada sólido para fundar en él,
como no fuese una construcción desolada.
Sus botas sonaban al golpear cada mañana en los patios del
planeta
cuando cruzaban hacia los caballos palpitantes
para montar con un salto cada día menos ágil.
Su edad dorada fue sin embargo, y al mismo tiempo, su
infierno.
(Cada uno conoce el sabor de su propia ceniza).

DESPEDIDA

Hoy nos separas, profundo, y alguien
recorrerá ese millón de pasos que se acunan,
mientras abandonados por un cuerpo feliz
que ahora crece lejano,
sentimos nuestros ojos arder entre unos gestos
delicados, en esta orilla
solitaria, en plena tarde
y en un octubre extremo,
entorpecidos por un doble abandono,
nosotros, prisioneros
de una llanura indiferente,
oh mar que nos induces a gravedad.

EL ARTE DE NARRAR

Llamamos libros
al sedimento oscuro de una explosión
que cegó, en la mañana del mundo,
los ojos y la mente y encaminó la mano
rápida, pura, a almacenar
recuerdos falsos
para memorias verdaderas.

Construcción
irrisoria, que horadan los ojos del que lee
buscando, ávidos, en el revés del tejido férreo,
lo que ya han visto y que no está.
Porque estas horas
de decepción, que alimenta la rosa
del porvenir donde la vieja rosa marchita
persevera, no quedarán
tampoco entre sus pétalos,
flor de niebla, olvido hecho de recuerdos retrógrados,
rosa real de lo narrado
que a la rosa gentil de los jardines del tiempo
disemina
y devora.

SHADRAK

Nabucodonosor
como no hubo
forma de hacernos adorar
a sus ídolos
en un acceso
de furia
nos condenó
a la hoguera
Dábamnos gracias
los tres
al muy Alto por el honor
de ser
por fin
Su ceniza
Y ya en el horno ardiente
llegó un ángel
a helar las llamas
a borrar todo
Nabucodonosor
la hoguera
la lealtad
Así supimos
no que había
para nosotros
otro mundo
si no que este no era real

ELEGÍA PICHÓN GARAY

Deberes
y un cielo, azul, que se hunde
en el ramo de tardes
que atravieso
como quien se levanta, ciego,
desde una cama de ceniza.
Bienaventurados
los que están en la realidad
y no confunden
sus fronteras.

EL SIGLO DE ORO

Más rugoso
más grueso
que el tiempo
el siglo de oro:
laurel en flor
salido
de la bestia
sepultadora.

EL HEXÁMETRO HOMÉRICO DESCRIPTO POR SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Férreamente nos sostiene en la ondulación de sus olas ilimitadas sin que haya antes ni detrás de él nada como no sea el océano y el cielo.

POR ESCRITO
(1960-1972)

EL ARTE DE NARRAR

Cada uno crea
de las astillas que recibe
la lengua a su manera
con las reglas de su pasión
—y de eso, ni Emanuel Kant estaba exento.

EL VINO

Cataratas oscuras que llamean, y después
una arboleda negra, manchada
de luces altas. Voy caminando
lento, entre la sombra comida
de las hojas, lleno de vino,
la fosfórica
fluctuación en mi mente, y los vapores
de recuerdos patéticos golpeando
súbitos, llamando, de amplios días
borrosos, núcleos rápidos. Chispas
del fuego del vino. Y más allá
de los árboles, una calle plagada
de rumores que brilla:
corrupción por la luz.

EL PASADO

Entré en esa región
de la luz, y desde donde estaba
parado, miré otra vez
los mismos pájaros, en el mismo
crepúsculo, rasando
los flecos verdes de la enamorada
del muro. Paredes todavía
más grises en la intemperie de luz
se repetían inmóviles en esa tarde
de domingo: hombres sólidos que cayeron
desmoronados, y esta mano
que grabó el ademán de la vida
sobre mil cuerpos que el tiempo comió.

A LOS PECADOS CAPITALES

Por nuestra fantasía, nos liberan
de la materia pura, pero caemos en la red
de la esperanza. Pecados, vicios, y hasta
las débiles virtudes, nos separan
del cuerpo único del caos,
nos arrancan
de la madera y de los mares.
Guardianes en el umbral de la nada.

PARA CANTAR

La tarde está limpia como una hoja vacía.
A veces, como una mano que escribe, la borrona el viento.
La carcome, como a una esperanza que se enfría
por ráfagas de remordimiento.
Tarde carcomida de octubre, desahogada luz del día.
No tengo paz y estoy contento.

LA PENA EN ESA CIUDAD

La pena en esa ciudad
eran unos inmensos
edificios
blancos y ciegos y adentro
de cada uno había un hombre
para el que en esa
ciudad la pena era
unos inmensos edificios
blancos y ciegos
con un hombre adentro
para el cual la pena
en esa ciudad
era un edificio blanco
con un hombre adentro
blanco y ciego.

EL PÁJARO ANCIANO

Indemne, todavía, o, mejor, entero entre sus cicatrices, se adelanta siempre, por un segundo, milagrosamente, al rayo, para poder cantar, después, a una audiencia improbable, ya mudo o más bien ya todo voz, inconsolable, el incendio.

MICHEL

¿De dónde puede venir
esa mirada oblicua, altanera,
en alguien que es proclive
al rubor instantáneo y, en la conversación,
a la modestia y hasta a la autoaniquilación?
Delgado, con su bigote y su barbita rala en el mentón,
cultivando, infructuoso, una imposible femineidad,
soportará sin duda, treinta años más tarde,
con dificultad la vejez. Una sierra sin fin
le llevó, a los quince años, dos dedos: de lo que se jacta.

LA VIAJERA IMPÚDICA

¿La altura solitaria te llamó,
o el penetrar el aire entre palmeras
veloces, hacia el atardecer,
creó la decantada pericia
de tus gestos, un río obscuro
en los primeros ritos de la noche?
Para que veas, mañana, el trópico,
loros de fuego rasando un cielo verde,
la tierra roja, llenarán tus pupilas
cuyo revés protege la inocencia. Vestida
o desnuda, tu piel palpita en la proximidad
de las fiestas, las horas llenas
que destellan
y cantan iluminadas.

DELIRIUM TREMENS

Del nacimiento, y de sus mañanas, alcohol
que día a día me hacen, sin violencia, tomar,
vienen estas visiones
grises como un viaje por el centro del invierno
y sin embargo deslumbrantes.

LA ESCALERA REAL SERVIDA

A nuestros ojos turbios, incrédulos, completa,
la escalera real servida se aparece
con su fuego ordenado, de llama tersa y quieta
que en cinco lisas láminas pintadas resplandece.

Formación silenciosa de un núcleo desde la honda
fuente de oscuridad de una zona imposible,
la escalera real se parece a la ronda
apretada y vivaz de este mundo visible.

Punto central de nuestra visión grave, diamante
cegador y brutal con su dura apariencia:
como una mariposa se quema en él la mente.

La escalera real, moneda de un instante,
que sin amor, sin gracia, sin placer, sin clemencia,
algo nos da desde una penumbra indiferente.

NOTICIAS SECRETAS
(1976-1982)

LECHE DE LA UNDERWOOD

Por delicadas que sean, las mañanas
envilecen; lo destructible vacila
y lo que pareciera, frente a nosotros, perdurar,
no nos acoge, menos cruel que indiferente. Animal
anónimo, por más que grites, nadie escucha,
y ni por lejos la lengua es la que conviene.
Existe, tal vez, en alguna parte, un idioma,
nadie niega, pero habría que desandar,
salir, si fuese posible, del centro de la noche,
y empezar de nuevo con otra clase de balbuceo.
Tantas tardes que resbalan:
ya no se sabe
en qué mundo se está, y sobre todo si se está
en un mundo. Se muerde
un fantasma de manzana, mientras sigue merodeando,
como desde un principio, lo oscuro. Destellos
de un sol de invierno en la ciudad
transparente; brillos, rápidos o lentos,
que algunos blanden como pruebas
abandonándose soñadores, a su tibieza. Entre tantas
estrellas, esperanzas: relentes
de un reino animal.

LA VENUS DE WILLENDORF

Madre verdadera, para
tomarte como a un alcohol
de sueño, para arrancarte, esfinge,
lamento y descendencia,
te hacen, como ignorando,
ciegos, de que no hay bordes, abordable,
y te visten, te asean, te desfiguran.
Carne inmortal, incesante
y espesa, por esquivar tu penumbra
nos caímos en una noche
más grande —sombra
nuclear, abismo sin pecado
y sin lágrimas, estepas donde
nos diezma, neutra, la indiferencia.
Imán de sangre y de cartílagos,
los que vienen, a tu santuario,
que es este mundo, a morir,
y no tienen
ni cara ni nombre propio,
indistintos,
te saludan.

VENUS Y ADONIS

Todo sudor, músculo, espuma,
el vaivén del abrazo
en sangre, carne, pelos: gritos,
garras —los ojos
vueltos, enteramente, hacia sí,
hasta un sin en sí, una
nada que irá siendo
como un aura que sube
de los cuerpos abandonados,
otra vez, y poco a poco,
esperanza o recuerdo.

PRÍAPO

Únicamente el hombre no renace; y los dioses,
que nacen de las cosas, se transforman en cosas, otra vez.

La liebre

en cambio, cuando, en medio del salto,
el acero la inmoviliza, ya había
renacido en el cachorro que juega, blando y tranquilo,
en la luz tibia. No en tanto
que dioses y que bestias, Venus y Adonis,
en una cama de mirto y rosas, sino que como humanos,
abandonados, copulan.

Por muerte y no

por renacimiento. Esperma, pelos, sangre:
insulto y lamento y más adentro todavía, más,
más todavía, ahora, mientras el fondo, negro,
se retira, y el abismo se abre, rojo y humedecido,
a sombras que dicen ser, para la yema de los dedos,
cuerpos férreos.

Noche de vísceras que órganos ciegos, perdidos, palpan.

Por ese

atajo sin fin los dioses
se vuelven hombre y mujer y engendran
Príapo, el ser
del que el cuerpo entero
es apenas el reverso borroso de la verga
y a cuyo paso
hasta el rebuzno de las bestias le da la alerta a las ninfas
y les señala, perentorio, al violador.

Por el campo, el ser intermedio, que nace y muere
sin renacer, a la rastra de su verga,
improvisando infinitos,
espanta bestias y dioses
y cae, y vuelve a caer, una y otra vez,
en la misma trampa opaca.

El yo

se yergue o se entreabre, punta roja o revés
de terciopelo, titilaciones y ondulación
del deseo —se dice único

y cae, por último, en un sueño senil,
del que arruga y delirio
son la puerta del fin sin fin. Perplejo,
Príapo, desnudo en el día arduo,
entre latidos confusos y recuerdos desgastados,
de rodillas
ante su propio monumento
busca cuerpos que borren la visión
de una certeza ignorada.
Estampida
de ninfas crédulas
y terror
ante el esperma impaciente.
La criatura
erra sin saber
por un país misterioso
que no entrega
ni nombre ni sentido—
exceso de deseo
que no se basta con ser
deseo y transmisión
sino que quiere
saber
de qué es deseo, y cómo,
y hasta cuándo y, sobre todo, por qué.
Para una muerte
que no renace en otro,
ni en otros, en el aire
enceguecedor, entre Deimos y Fobos,
de su misma raza, Príapo adora
la sombra de la sombra de una sombra
y lo liso lo alcanza
como un cuchillo
que pidiese, a su vez, adoración.

ACTEÓN

Lo divino, al mostrársenos,
nos vuelve, Acteón, en su desdén, como
animales. Y la jauría
de los deseos que, rápida,
nos devora,
se calma al fin, no sin nostalgia
de jungla, con la visión tan tenue
de nuestra imagen
humana.

DÁNAE

Manda a su hijo Perseo Dánae, para gozar,
sin testigos, de la lujuria,
a extraviarse
en los ojos sin fondo de la medusa,
del mismo modo que toda madre,
desde una cama pantanosa,
nos abandona,
por tres minutos de no ser,
a los dientes de este mundo.

CAFÉ Y MANZANAS

La taza blanca, nítida, nos saluda,
corola, sobre la mesa, abierta en el
presente que, de nuevo, floreció. Y el gusto,
ácido, de la carne otoñal,
sin nosotros, mezclado al del café,
seguiría estando
prisionero en su forma:
vidas frágiles y solidarias. Minuto,
rico, cuyo vaivén,
lleva y trae este mundo
en equilibrio sobre lo negro. Presente
rápido y sin fin que deposita,
en esta esquina del ser, el ser
entero hecho calor y delicia.

ISLAS

Ayer nomás había islas todavía; islas
y desiertos; algunos se fueron; el pibe
de Charleville, por ejemplo: se las tomó. Empezó
a negociar armas y hombres, girando
en la más ardua irrealidad, hasta que vino
y fue arrinconándolo, desde adentro, la gangrena. Y
también,
un poco más tarde, buscando su isla, la suya propia,
el pintor de perros violetas, del mar amarillo,
el hombre que había vivido un tiempo en Aries con Van
Gogh,
subsistiendo a base de pan duro y convicciones,
*(rentas, después de todo, cualquiera, entre las bestias puede
poseerlas),*
abandonó, un buen día, a su familia,
y, parado en la proa, internándose mar adentro,
percibió cómo el ruido de la espuma iba borrando
los ecos del discurso de Mallarmé. Buscaba o deseaba,
mejor, como había dicho en una carta,
un rincón de sí mismo todavía desconocido. La materia
adquiere así la cualidad del horno,
volviéndose más grave, menos banal,
después de atravesar, lenta, el infierno. Ayer
nomás había islas todavía; islas y desiertos.
Puntitos negros, casi sin forma, en el celeste de los mapas,
un destello, irisado por la espuma, en el horizonte,
o la llanura, de arena blanca, donde reina el sol único,
un lugar para estar, por fin, a solas consigo mismo, o con
todo,
por fin, en la desnudez;
y dirán, una vez más, casi seguro, que es puro delirio.

Islas y desiertos; sin nadie; ¿y qué pasa, ahí,
justamente, cuando no hay nadie? Girando, ¿no?,
como un perro que tratara, infructuoso, de contemplar su
propia cola;
problema insoluble: ya se está ahí. Y no son, como

se podría pensar, las Evas de doce años, ni lo exótico,
lo nuevo en una palabra, lo que llama.
Mar, playa y cocotero: todo lo que se encuentra, a plazo
incluso, en las Agencias.
No; hay ya como una herida, en el propio ser,
que busca, desde el origen, su fuente. Desea
ver de más cerca, el núcleo, remoto,
del que golpes sucesivos, empastándose, la separaron,
escrutar, como a una llama, el centro mudo
y hormigueante, en el que un signo débil
podría, probablemente, centellear,
si por si acaso nadie, pero nadie, lo mirara.
En algún punto de la isla, antes de su llegada,
la lucecita está encendida, desde el origen,
indemne, fija entre huracanes,
luz modesta del todo y de su eternidad,
que no se apaga más que ante el soplo humano.
El color, sí, desde luego, también,
de una región en la que todo es solidario,
país en el que la parte es glorificada
y en el que el canto de lo único,
de la mañana a la noche, canta
en el árbol entero y en cada una de sus hojas.

Ayer nomás, como decía nomás hace un momento, había
islas todavía; islas y desiertos; algunos se fueron;
el exagente de bolsa, por ejemplo: Vicente, en Arles,
lo despidió, a filo y punta, de su abismo amarillo.
Balanceándose en el mar verde viajó en busca
de las señales, fugitivas, que cintilan en las cosas,
del llamado no oído que pone, sin embargo, en marcha
como un robot,
apresuradamente, tratando de llegar, antes de que
anochezca, al hogar.
Balanceándose, solo, en el mar del planeta que a su vez se
balanceaba
abarrotado de ciudades, de bancos, de esposas fieles,
de mecenas, de pintores oficiales y de máquinas,
hasta que vio llegar, de un modo discontinuo, con
sacudones rápidos, la isla.
Cuerpos violetas, eléctricos, senos recién nacidos,

y el pan que se daban, unos a otros,
como el mar el atún o las estrellas el cielo—
brillos de aquel rescoldo inalcanzable. Islas,
había islas, desiertos todavía, islas
donde pasaban, sobre la arena, cuadrumanos,
hechos de carne real y de deseos reales,
entre fantasmas vestidos de blanco y del delirio de
governar,
cuerpos celestes, rojos, amarillos, azules
en el aire gris verdoso de la tormenta volcánica,
tocados aquí y allá por esa brasa secreta—
el exagente de bolsa, canoso y abandonado,
parado con los bolsillos vacíos sobre la playa, medio
aturdido
por la trepidación silenciosa de lo que es.

PLOZEVET

En el reino de lo exterior, un techo
negro, árboles, colinas nítidas: la pesadilla
era nuestra
—nuestro el vicio de entreverar
hasta perder de vista lo irrefutable.
Al delirio, lo austero lo contradice. Hasta que,
cortando campo, divisamos, grisáceo, el mar
indeterminado,
que apuntala nuestra locura con sus razones.

LESCONIL

Lo otro viene en esos barcos livianos
desde el crepúsculo, hacia el puerto, en el sol
de invierno:
lo otro —lo que tiene nombre,
moviéndose fuera de tu silencio
innominado:
más allá, afuera, afuera, en la intemperie
sin pensamiento, sin recuerdos, sin en sí,
como un roldo de feria
en la plaza del mercado
que un viajante contempla, una mañana,
desde su cuarto de hotel, en la planta alta.
Lo otro son esos barcos, ese mar, esas caras
de sal y sangre, que vuelven, cada día,
a completar, en tierra firme, su naufragio.
Visión rugosa
que atraviesa tu mar liso;
máquinas de oro duro
que lo indeterminado, adentro, aniquila.

PLOUGASTEL SAINT-GERMAIN

Noches solidarias: por dentro
y por fuera, la misma, pareja, oscuridad.
De tanto en tanto una estrella verde, como un centro
o un grumo, más bien, no de luz, sino de alteridad.

HUELGOAT

Humo en los bosques, el supuesto
animal, que es nuestra herencia,
y la roca—
algo más fino
quiere nacer. Lo humano
es ahora un recuerdo frágil,
el olor del humo,
el musgo tierno, inmemorial,
sobre las raíces.
Te nombro,
corazón, sin miedo,
presencia leve y fugaz
flotando
sobre una noche indivisible.

MOULIN DE BRENIZENEC

Árbol, roca, latido, accidentes,
apariencias adentro de algo en donde
la bolsa lisa del mundo
rueda sin fin.

VECINDAD DE LOGROÑO

Anotar: en la siesta que arde
la noche voluntaria hace señas,
desde lejos, ubicua,
en la constancia amarilla. Anotar:
viñas verdes sobre tierra roja. Anotar que
la liebre, presa y escándalo,
desea al faro que la inmoviliza.
Anotar: abismos soleados
en días cuyo nombre es legión.

LISBOA

a Jean Paul Caudrec

La persona, parece, sería, como se dice,
una máscara; uno, aquí, que se llamaba, cosa
curiosa, justo así,
multiplicó perfil y verbo, distribuyéndose en ellos,
como piedras o como cartas; rey, sota, caballo y as,
y un solo mazo verdadero. Y, sin embargo,
qué tímida parece ahora su dispersión: la salud
misma más bien: un cuerpo de cuatro caras,
repleto y sólido: que el corral tenga cuatro lados,
o uno solo, circular, da lo mismo, si eso ayuda, ¿no?
a evitar que la bestia anónima,
e infinita también, ¿no es cierto?,
rompa, de golpe, en estampida. La bestia, sí,
que daba, ya, señales de vida, atrás,
mandando a la superficie, de tanto en tanto,
rugidos, latidos, olor animal, el légamo sin fin
de ese pantano, negro, que trabaja, continuo,
y nos muestra, de pronto, que la casa natal,
con sus rincones familiares y con sus voces familiares,
no tenía, ¿cómo era que se dice?, cimientos. No es
ni amiga ni enemiga y el ser, frágil,
que desgarrar con sus dientes, había tenido,
hasta ese entonces, una especie de ilusión,
como el chico que en la noche de carnaval,
pretende darle miedo a los demás con su máscara. Ahora
está
en lo que podría llamarse ese torbellino,
en vilo entre los belfos de la bestia,
en el centro de su propia oscuridad
—y cómo
quisiera que, viniendo despacio, como antes, desde la
cocina,
d es de el patio, en la noche cítrica, una mano,
materna o familiar, es decir, de dedos conocidos,

en el viejo sentido, anterior a la explosión,
a esta deriva sin dirección y sin bordes,
encendiera, por fin, la luz,
del cuarto sin lujo, austero,
con, apenas, lo necesario para reconocer
el honor y la constancia de lo que es,
lo que es en su seguir siendo,
mesa, jarra, botella, ventana y paraíso.

No en tanto que máscara
sino leal en su simplicidad

borde
abandono
y transparencia

AURORAS

Parecía venir, dicen algunos,
de un país en el que nadie, pero nadie,
habitará
Para que el todo fuese glorificado

Nadie, tampoco, ahora, podría,
ciertamente, indicar, de un modo preciso,
el lugar del naufragio. Gira, incansable,
de Niza a Leipzig, de Rapallo a Venecia,
de un modo, como Poussin y sus discípulos,
al mismo tiempo idílico y heroico:
un horno al rojo blanco por dentro,
ceniza lívida la parte externa;
su hermana, en una carta, lo consignó.
¡Que respiren, otra vez, los profesores! La prueba,
según ellos, llegó por fin; de otra manera
no hubiese terminado
golpeando el piano con los codos en la pensión
de Turín; habían tenido
razón en no leerlo—
no se viene a este mundo a delirar.

¿Y si el delirio fuese, más bien,
construir, mediante una colecta,
un teatro lírico, perorar
desde un púlpito, desde una cátedra,
poseer la certidumbre de un papel absoluto
en la opereta de la historia? La explosión,
de la que somos, ya sin orillas, los fragmentos,
resonó, primeramente, en el centro
de su ser, hoja seca perdida
en el viento cósmico
Para que el todo fuese glorificado
No se sabe:
no puede saberse
si vale, de verdad, la pena construir,
si no es más bien preferible, ¿no

es cierto?, no construir nada.
Habría que empezar, mejor, fusilando
al Kaiser, a los antisemitas, reconociendo,
en un viejo caballo,
la materia del ser uno y solidario,
la vieja eternidad que regresa, puntual,
una y otra vez, al punto de partida,
por el atajo del olvido
Para que el todo fuese glorificado

Y balbucear, vociferando, brutalizar,
con los codos, el teclado, es, si se mira
bien, mil veces preferible
a componer tetralogías, convengámoslo, celestiales,
como si nada, pero nada,
se le debiera, ¿no?, a lo que
por debajo, con mano férrea,
y sin pedir
os nada, nos sostiene
Para que todo sea glorificado

Himnos al dios electrónico
suben, continuos, del basural sideral

EL CRUCIFICADO

NUEVAS AVENTURAS DE ROBINSON CRUSOE

El secreto
consiste
en construir
construir
mediaciones
para el trato
con el desierto
máquinas
de palo y lianas
rudimentarias
que defiendan
que den sombra
aunque nada nos libre
del sol
de la memoria
y otros deduzcan
de tan ardua prolijidad
como una llama negra
continua
nuestra locura.

LA HISTORIA DE CRISTÓBAL COLÓN

Un mundo,
se me obliga, para poder,
en adelante, existir, o ser algo,
a descubrir, otra cosa,
más sólida, o, como dicen, más real,
que el mar de aceite
que no me lleva
ni más adelante ni más atrás,
o que me acuna, más bien, en el mismo punto,
sin ni siquiera
obligarme a trazar
círculos metafísicos
que reproduzcan, a su modo, lo exterior,
y den imágenes, dignas de adoración,
a la memoria.

Horizonte, a mi alrededor,
qué vacío te deja este mar blanco, sin olas,
sin espuma, y cómo
ni rocas ni algas te dividen
ni te dejan parir
la entrevista alteridad.

En la gran luz, monótona, que no huele
ni cambia, de este día perpetuo, donde
la fiebre es ciencia y el temblor, habitual,
conocimiento, no pareciera verse aparecer
de un mundo, nuevo, o ya recorrido, qué más da,
por encima de lo liso, ardua, la cresta.

REALES

Reales —urge. Y nadie sabe bien dónde está. Un viejo, ni más ni menos, un poco, ¿no?, ya me entiende y el índice se pone a girar a la altura de la sien.

De batallas,
de cárceles, de evasiones, salió, ya lo hemos visto, cambiado pero indemne, como se dice, un poco mejor, tal vez, según se mire, la mano izquierda inutilizada: ¿parálisis, o lisa y llanamente un muñón? El día del juicio, probablemente, se sabrá. Por ahora nos queda la imagen, no sin fundamento, de un viejo seco y bronceado, avanzando, en miniatura, por campos de trigo. En el atardecer se sienta, en el patio de una venta, a descansar. Embrollos con las facturas, pleitos, y, de tanto en tanto, un soneto su mujer, más joven y más rica; la bastarda empleada como sirvienta en lo de una de sus hermanas y, pisándole los talones, pesadilla balzaciana la Tesorería. Hay que hacerse la idea exacta, sin mistificar: un viejo, un viejo bastante iletrado, sin obra visible, sin protectores, debatiéndose, sin progresar, en una telaraña, el sol de agosto arriba y todo alrededor el trigal. ¿Por qué hubo de ser él, más tarde, casi inmediatamente, en rigor de verdad, quien desplegara ante nuestros ojos, para durar cuanto duremos, haciéndonos connatural, lo que ya es *vox populi*? —Y sería superfluo repetirlo, a tal punto su presencia nos acompaña. ¿Por qué él, él, ese viejo? Y eso en la cárcel, parece, por añadidura—

per
o esto último, como fue escrito varias veces, no se ha podido probar.

Reales

—no existe nada, nada, no hay, aunque estalle ante nuestros ojos, ninguna realidad; y esos reales

que le reclaman, sin poder, por otra parte, dar con él,
vienen de rey, son la escoria del siglo o el siglo mismo,
la borra de un retruécano.

El sol de agosto arriba
que se apaga, de golpe, y un rasguído. Viene subiendo,
fragilísimo,
desde la oscuridad.

EN LA TUMBA DE SARTRE

Tu no ser es mi
estar
sentado en esta rumba, en una
siesta de abril, bajo un sol
tierno, y en un lugar al que le dicen
el mundo —el gran en sí
descubierto, a pleno cielo,
sin la luz que titila adentro,
y en el que esta otra luz, de lo que está
sentado y, provisoriamente, nombra y te
nombra, va pasando, indecisa y lenta,
para que rodo, para todos, por fin,
o para nadie, mejor, entero,
resplandezca. Hasta aquí se llega
por muchos
caminos.

OXFORD, MISSISSIPPI, (BLOTNER, II, 1401)

Alcohol:

¿las sombras de este mundo
y el gran río, bastan, o hay
que esperar, pacientes, otro llamado?

It meant —dice, como otra

Esfinge, ese ardor—

just a pregnant cow:

heavy in July,

light in August. Y todo

es Esfinge.

TINTA VERDE

Hombre sin pasado, hubo en tu vida algo más que una lámpara y una mesa. Hubo tinta verde, translúcida cuando alzabas, a la ventana, el tintero, en el sol de invierno. Eran siestas escolares —de un no saber también, de lo que ahora se llama, en sentido amplio, tu vida. Algo irrepetible hecho de repeticiones internas, obstinadas. Siestas de invierno que, aunque olvidadas, no te abandonan. Los cobradores de ciencia, que hostigan tu ignorancia perfecta, exigiéndote virtuosismo y variación, no quieren saber nada con ese peso insistente, hecho sin embargo de infancia, que te tira hacia la noche. Hombre sin pasado al que no le pasa nada, salvo eso que ya pasó y que, por nada del mundo, no quiere, no quiere pasar.

DE DUELOS LARGOS

De duelos largos emerjo,
adormecido, a muertes frescas.
Sol cegador, alguna vez
fuiste fiesta y verdad única
—quién lo diría
de esta luz
indiferente en la que, ya sin voz,
como flor en la lluvia,
me deshago.

A UN AMOR FUGITIVO

Por ardor desmedido, o a causa, probablemente,
de uno de esos gusanos que van comiendo, desde dentro,
 el deseo,
no demoré el abrazo en la hora de tu abandono,
ni fui excavándote, lento, diamantes de gozo, cuerpo
lejano, del que ahora, un poco más viejo, y en plena
 noche, me
 acuerdo.
Latido abierto que una vez, en el centro del día, derroché.

PARRAS DE LAS PARRILLAS

Parras de las parrillas
que la luna acribillaba.
En plena noche
¿no es cierto?
alguna voz resonó. La luna, ella,
persiste, pasa lenta
sobre esas ciudades. No rocen,
ni despierten, lo que está ahí:
la ignorancia de este ahora
o el peso, tan frágil, mejor,
de su propio ser, al que el recuerdo,
inadecuado, no accede,
porque no es de ese pan
de eternidad
que come la memoria.

DE LOS ÁLAMOS

De los álamos
no queda
más que un ramaje
translúcido
y en la punta
hojas amarillentas
que centellean
Mayo
lluvias heladas
en un sol exangüe
A la ventana
en la media tarde
guiñando lento
a la luz:
somnia
maravillada
en vaivén
de afuera a adentro
de adentro a afuera
Ahora
ahora real
de un todo
sin en sí
todo él
por fin
exterior
Extrañeza
Después
casi de golpe
plenitud

SED QUE NO PARA

Sed que no para
de una fruta
que ya es leyenda

ÁLAMOS

Parecen familiares del cielo y brillan, delicados y lentos,
sin mostrarse, para el que los contempla, ni amigos ni
enemigos.

Se inclinan blandos y victoriosos a todos los vientos
y son, en la tarde abierta, más testimonio o prueba que
testigos.

TRELEW

Soy
la sangre de los vencidos
que se propaga y tiñe el todo
corroborando, lenta, el delirio.

Los sacaron, de esta red prisiones,
en un caballo pálido.

LOS HIGOS DE LACOSTE

Mal maduros, los higos,
en la proximidad
de las ruinas, secos desde
dentro, blandos pero duros
al mismo tiempo por fuera, enanos,
van cayendo, uno a uno,
hacia la tierra imposible,
inútiles,
antes de su estación.

EN AVIÓN

El viejo mar naranja que disipa
la niebla de la mañana
y las columnas de Hércules
como los dioses, hoy ausentes,
las veían.

EL GRAAL

El mar destila incertidumbre,
la montaña perplejidad; y el propio
cuerpo no abandona, por nada
del mundo, su secreto. El viaje
se volvió errabundo, y el aura
solidaria, retirándose,
nos transformó en manada.
En la llanura inmóvil,
el cansancio nos visita:
todo esto podía haber sido
de esta manera o de alguna otra,
el tiempo hubiese preferido
correr para adelante o para atrás
y abstenerse de salir, indiferente,
la luna. Nos creeríamos perdidos,
si fuésemos capaces, todavía,
de distinguir un lugar.
La mirada rebota, espesa;
ni reconoce ni interroga.
Astillas turbias flotan
entre la sombra que amenaza.
Confusos, vacilamos:
salimos a buscar no sabemos qué,
ya no nos acordamos bien cuándo.

NO TOCAR

Que no digan que el comentario
acicala, ni que la condecoración,
seguida de fajos, vuelve, después de lustros pálidos,
reales. La gracia estaba en cabalgar,
con voz luminosa, el instante encabritado,
por puro lujo o gusto claro, o por ver
si se podía, contra el desgaste, labrar
formas que recordasen, con su sabor,
la miel de las mañanas. Que no vengan,
con su honor, a envenenarnos, ni, con sus
dardos de academia, a ponernos,
después de tanto mirar el sol de frente,
llamándonos, arteramente, suyos,
del lado de lo oscuro.

LA GUITARRA EN EL ROPERO
(1981-1987)

SEÑALES DEL RÍO LOT

El azar se transforma
en mundo, y
el mundo
en belleza.
Región
antigua
que acompañabas,
gentil, el tren
en un anochecer
de fin de invierno,
reunida, al fin,
en imagen
por el curso
de tu río. Río,
o signo más bien,
por el que,
cómo por un lugar,
con delicia,
se atraviesa.

RUIDOS DE AGUA

Nadie está, aunque parezca estar, en el mundo.
Como cuando en el agua lisa y resplandeciente
cae una piedra que llena el aire con su eco,
igual el todo, permanencia inmóvil,
se abre y se cierra con cada nudo, fugaz, de acaecer.
Ruidos de agua. Y silencio, después,
en un lugar arcaico y sin orillas.

HAIKÚ

Plantas inmóviles
antes de la tormenta.
Una sola hoja tiembla.

MADRIGAL

Pastores,
la estrella
no lleva a nada,
su trayectoria
es azar,
aparición fugitiva
en la manada
de siglos fugitivos,
la cruz,
más tarde,
coincidencia;
pastores
el sol relámpago,

el tiempo entero
suspiro, pastores
lo visible
explosión,
espejismo
el firmamento;
pastores
la propia mano
improbable,
el pensamiento
brisa o fiebre
en el anochecer,
la adoración
error o cálculo
en un establo
vacío.

EL CULTO DEL CARGO

Desháganse
de adornos y vestimenta;
desiertan
factorías y jardines.
Que un árbol junte la tierra
y el cielo; que se entremezclen
sexo y jerarquías:
después de la catástrofe
viene la vuelta de nuestros muertos,
después de la oscuridad, la luz
flamante. Salgamos desde el cero
otra vez, renovados, al infinito.
Gime la herrumbre
de este mundo gastado, se quiebran
las estrellas en ruinas,
el aire sucio raspa
pupilas secas
bajo párpados blancos. O el paraíso
o nada: desdeñen
la limosna, el imperio
del siglo, reintroduzcan
el gusto por la abundancia.

Preparen
la desnudez exigente.
Respondan
a la mistificación con silencio.
Acepten
el paso oscuro por el caos.
Abandónense a la inacción.

DAMA, EL DÍA

Dama, el día
declina, dama, Beatrice,
Helena o Mesalina, el día
que debía durar
lo que el tiempo entero
declina, y todavía
nalgas, pecho, mirada, pensamiento,
no desanudan, abandonados, su misterio.

Dama, que en cada octubre
reaparece, fresca otra vez,
abierta y reticente, animal
nupcial
que el pico rojo esculpe
a su imagen, presencia
anónima o hervor grueso del todo
forrado en pena y terciopelo.

Dama, que el torbellino
inadvertido y lento
pone en la punta en flor
para atrapar
la abeja soñolienta
y semiciega, que cumple
con su rito, y cae después,
reseca, en el río oscuro.

Dama —fiesta más bien
de lo arcaico que perpetúa,
en octubres periódicos,
lo pasajero —dama, el día
declina, el portador
del huevo vacila, y no quiere
ceder el paso, ansioso
de permanencia.

Dama, por quien pelean

materia y deseo, al violeta
lo devora el azul y al azul,
sin bullicio, el negro; dama,
cae, rígido, el moscardón
que confundía
mundo y deseo, y ahora
no es más que polvo del camino.

Papiol (Tiempo), lleve
estas líneas a alguna
parte, de parte
de uno
que vino
y
clic
se fue.



JUAN JOSÉ SAER (Serodino, Santa Fe, Argentina, 28 de junio de 1937 - París, Francia, 11 de junio de 2005) fue un escritor argentino, considerado uno de los más importantes de la literatura contemporánea de su país y de la literatura en español. Su relevancia quedó reflejada en el hecho de que tres novelas suyas *El entenado*, *La grande* y *Glosa* figuren en la lista confeccionada en 2007 por 81 escritores y críticos latinoamericanos y españoles con los mejores 100 libros en lengua castellana de los últimos 25 años. Sus obras ha sido traducidas al francés, inglés, alemán, italiano, portugués, holandés, sueco, griego y japonés.

Ignorado durante gran parte de su vida creadora, con un programa narrativo riguroso y solitario que lo hizo escribir de espaldas a fenómenos editoriales como el *boom* latinoamericano (al que desdeñó), la obra de Saer ha obtenido, a partir de los años ochenta sobre todo, el reconocimiento de la crítica especializada, tanto en Argentina como en Europa.

Junto con Juan Carlos Onetti, Saer es el escritor rioplatense que más evidencia la influencia de William Faulkner, especialmente en la recurrencia de un espacio ficcional (el condado de Yoknapatawpha en el caso de Faulkner; la ciudad de Santa Fe y la región del Litoral en el caso de Saer) y de un grupo de personajes (Carlos Tomatis, Ángel Leto, Washington Noriega, el Matemático, etc.). Asimismo, Saer toma del norteamericano la prosa trabajada, de oraciones largas, y el trabajo con los puntos de vista, combinándolo con detalladas descripciones de los espacios y la acción narrativa.

Notas

[1] Si los dioses se dignaran
lo que es dudoso
escribir<<